

J. M. COETZEE

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Siete cuentos morales

ELHILODARIADNA

LITERATURA RANDOM HOUSE

SIETE CUENTOS MORALES

Siete cuentos morales es un libro urgente; provoca e inquieta como debe hacer la literatura. Nos despierta a nosotros mismos en nuestro hoy, y ofrece un escenario de pensamiento posible para que lo inmoral no nos seduzca y obnuble.

'No me interesa el amor, lo único que me interesa es la justicia.'

Elizabeth Costello

Los seguidores de John M. Coetzee reconocerán a la feroz pensadora Elizabeth Costello, cuyas 'ocho lecciones' nos llegaron a través del libro que lleva su nombre, de 2003. Se trata de una ficción didáctica, pero a su vez los relatos sorprenden por su capacidad de convocarnos a reflexionar sobre los desafíos que compartimos y que van más allá de lo individual.

Hay algo en este libro que recuerda la antigua, perenne ley del budismo: compasión hacia todo ser viviente. 'Siempre abrigué la convicción de que tengo cierto grado de acceso -¿cómo decirlo?- a la interioridad de los animales -dice Costello-. [...] Por la facultad de la empatía que, en mi poco científica opinión, es innata en nosotros. Nacemos con esa facultad [...] y podemos optar por cultivarla o dejar que se marchite'.

Cada uno de estos Siete cuentos morales del premio Nobel funciona como un rompecabezas, un objeto hipnotizante que parece llevarnos a otra parte pero termina por reubicarnos frente a nuestra propia realidad. Nos proponen nada menos que repensar cómo interpretamos las consecuencias de nuestras decisiones cotidianas.

Elizabeth Costello lucha por asegurar la cristalización de

pensamientos que pocos se esforzarían por comunicar. Dudas acerca de la moral de nuestra relación con el mundo, de nuestra capacidad de comprender otras formas de vida y de llevar con responsabilidad la convivencia con ellas.

Título Original: *Moral Tales*

Traductor: Marengo, Elena

©2003, Coetzee, J. M.

©2018, El hilo de Ariadna

ISBN: 9788439734666

Generado con: QualityEbook v0.84

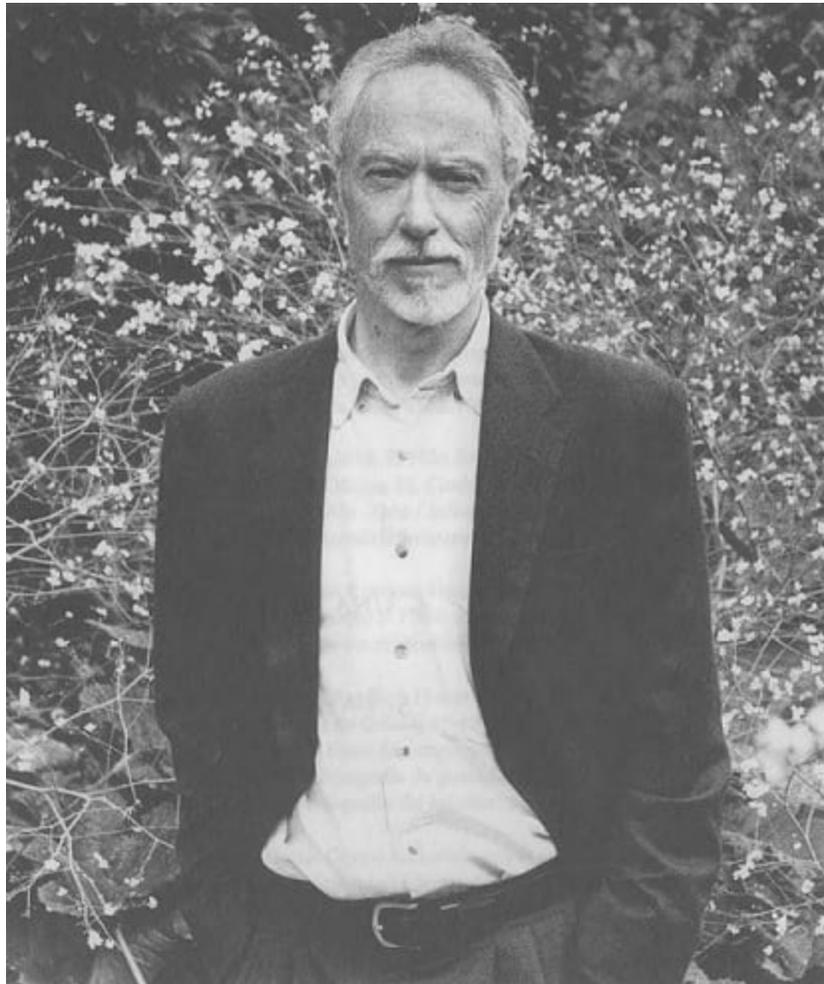
Generado por: oleole, 29/10/2018

J. M. Coetzee

Siete cuentos morales

Traducción de Elena Marengo

Sobre el autor



John Maxwell Coetzee nació en Ciudad del Cabo en 1940, y se crio en Sudáfrica y Estados Unidos. Es profesor de Literatura, traductor, lingüista y

crítico literario. En 1961 se licenció, con honores, en Matemáticas y Filología Inglesa en la Universidad de Ciudad del Cabo. En 1962 trabajó en el Reino Unido como programador informático. Más tarde vivió en Estados Unidos, donde se doctoró en Lingüística en la Universidad de Texas, en Austin. Fue profesor de Literatura Inglesa en Buffalo, Universidad Estatal de Nueva York y, cuando regresó a Sudáfrica, en la Universidad de Ciudad del Cabo.

Publicó varias novelas, entre ellas *En medio de ninguna parte* (1977) y *Esperando a los bárbaros* (1980), ambas ganadoras del premio literario sudafricano CNA; *Vida y época de Michael K* (1983), Booker Prize y Prix Femina étranger; *Foe* (1986); *La edad de hierro* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994); *Infancia* (1998); *Desgracia* (1999), nuevamente Booker Prize; *La infancia de Jesús* (2013). También ha publicado varios libros de ensayos, entre ellos: *Contra la censura* (1996); *Costas extrañas* (2002); *Mecanismos internos* (2007); *Cartas de navegación* (1992) y *Las manos de los maestros Vol. I y II* (2016). En 2003 recibió el Premio Nobel de Literatura. Es uno de los escritores más importantes de lengua inglesa. En la actualidad reside en Australia.

Una buena (?) reseña*

EL LIBRO DE LA SEMANA

Coetzee congela la sangre

El último libro del Nobel sudafricano, 'Siete cuentos morales', está escrito con apasionada frialdad: no hay pirotecnias alegóricas ni guiños metaliterarios

JOSÉ LUIS DE JUAN

28 MAY 2018 – 11:21 CEST [Babelia- El País]

Si consideramos la literatura un “acontecimiento” en el que el lector se ve involucrado tanto como quien la produjo, el brillo del juicio se presenta de inmediato. Lo que leemos nos sumerge en un orbe de valores y opciones éticas que van más allá de los hechos o pensamientos narrados. Así, el lector de John M. Coetzee (Ciudad del Cabo, 1940) es como un buzo caminando en el suelo de un océano agitado. En su último libro, *Siete cuentos morales*, no hay pirotecnias alegóricas ni guiños metaliterarios. Se ha dejado atrás el espejismo de la intriga y la facilidad del yo para, a través de las frases sencillas de un narrador que huye del compromiso, deshilar el impresentable tejido de la razón. Cada vez más los personajes del Nobel afincado en Australia discursan, pontifican o se esconden en la duda y la contradicción. ¿Es Coetzee quien filosofa por boca de ese “carácter” (en el doble sentido del vocablo en inglés) estafalario llamado Elisabeth Costello? Él asegura que no, que es ella quien le eligió como médium para revelar sus “propias” ideas, a veces trasnochadas y otoñales, al mundo. Lo cual nos recuerda a Delibes y a sus personajes, que se le rebelaban, y al desparpajo de

Cela, que ponía a los suyos “firmes” de inmediato.

En su magnífico autorretrato *Juventud*, Coetzee desautorizó al presuntuoso escritor en ciernes que se mofaba de la vida moral y creía que “lo único que importa es crear buen arte”. Al dar forma a Costello en 2003 se decantó por la conciencia ética y una visión franciscana de la vida. Lo que había que hacer era evitar el sufrimiento de cada uno de los seres, ideal budista. Su *alter ego* afirmaba que entre escribir una buena historia o hacer el bien, escogía lo segundo. En apariencia el autor sudafricano se iba alejando libro tras libro de los ideales estéticos juveniles, pero no era así. Se trataba de desviar a otro registro su talento para la ficción, como si crease un nuevo “programa” narrativo, no en vano Coetzee trabajó en IBM en los años sesenta.

Esperando a los bárbaros y luego *Desgracia*, su mejor novela, forjaban personajes poderosos en un entorno de zozobra: el magistrado juzgado por un imperio colonial que afirmaba que todos llegamos al mundo con “la memoria de la justicia”, y el “servidor de Eros” y “dinosaurio moral” Laurie, que expía su karma de acosador de alumnas cuidando a perros moribundos. Ambos libros podían leerse como fábulas de una “ética irrazonable” que se alza perpleja, con una mirada de otra época, contra una humanidad violenta que antepone el deber al amor. Y también pueden leerse, igual que *Verano* y otras historias salidas de la experiencia propia del escritor, como meras obras de ficción fieles solo a sí mismas, comprometidas con la identidad moral de sus personajes, cuyos hechos y opiniones se deben a la estética intrínseca de la obra sin dirigirse más allá que a la conciencia profunda del lector (nada más y nada menos).

John Coetzee sigue resistiéndose a mezclar la “irrealidad real” de su obra con los reclamos del mundo exterior. Quizá por eso vive desde 2002 en Adelaida, ciudad sureña de un país vasto y acomplexado que, como se lamenta Costello, “babea por cumplir con lo que se le antoja a Estados Unidos”. Esta referencia “política” es la excepción en un libro sin ideología, escrito con apasionada frialdad, que reúne relatos escritos entre 2003 y 2017. El primero trata de un perro guardián que atemoriza a una mujer que pasa cada día ante su puerta. La mujer quisiera reconciliarse con él, pero se da cuenta de que la bestia es solo una proyección del miedo de sus dueños. El segundo aborda la infidelidad “sin causa” de una mujer casada. La narración

de ambos es abstracta y a la vez muy precisa. El contenido “moral” (o la esencia no escrita del relato) queda en el aire, flotando entre dos escenas, y ha de ser “aspirado” por el lector como si de un olor se tratase.

Los cinco relatos restantes tienen como protagonista a la escritora de Melbourne que se encuentra en Europa. Elisabeth tiene ahora 75 años. ‘Vanidad’ habla de la apariencia en la edad anciana y de los clichés familiares con una aguda sensibilidad hacia los detalles; es un pequeño *chéjov*. ‘Una mujer que envejece’ muestra el poderío de Costello como personaje: transparente y ambiguo, individualista y tiernamente humano. En Niza la hija intenta hacer entender a su madre que no puede vivir sola “al otro lado del mundo”, donde siempre ha estado.

Ligero y hondo, el volumen se ensancha con ‘La anciana y los gatos’. El hijo visita a su madre en un pueblo de Castilla donde vive acogiendo gatos asilvestrados. La brecha entre el huero mundo moderno y las “fronteras del ser” de “los animales no nacidos” a que se refiere Costello es más que generacional, parece ontológica. Si ‘Mentiras’ es un recuento epistolar del hijo a su mujer sobre la decadencia de la suegra, ‘El matadero de cristal’ resulta una pieza maestra que ironiza con la garrapata de Heidegger. Como el insecto, el filósofo es “esclavo de su apetito de sangre”, la de su alumna Hannah Arendt. “Queremos disolvernó en nuestra naturaleza animal pero no es posible”, escribe Costello. Así explica ese “parpadear de la razón” tan humano, como el de su propio discurso al asimilar en una de sus “lecciones” la matanza sistemática de animales al Holocausto. Pero la esperanza reside en nuestra “innata facultad de la empatía” y su disciplinado cultivo, que propicia el “cambio de perspectiva”. Esperemos que Coetzee siga dejando a sus personajes que hablen y se rebelen a placer para el bien de la literatura.

*Un añadido del maquetador; no existe en el libro original en papel, pero ya que el libro es tan bueno como breve, bien merece esta reseña. (oleole]

Siete cuentos Morales

El perro

EL letrero colocado en la verja dice *Chien méchant* y el perro es *méchant*, sin la menor duda. Cada vez que ella pasa por allí, el perro se lanza contra la verja dando aullidos en su afán de atacarla y destrozarla. Es un perro grande y respetable, algún tipo de ovejero alemán o rottweiler (ella sabe muy poco de razas de perros). Pero siente el purísimo odio que parte de sus ojos amarillos.

Después, cuando deja atrás la casa del *chien méchant*, se pone a cavilar sobre ese odio. Sabe que no es algo personal: está dirigido contra cualquiera que se aproxime a la verja, cualquiera que camine por allí o pase en bicicleta. Sin embargo, ¿cuán profundo es ese odio? ¿Es como una corriente eléctrica, que se enciende cuando un objeto entra en el campo visual del perro y se apaga cuando el objeto desaparece al dar vuelta la esquina? ¿Los espasmos de odio siguen convulsionando al animal cuando vuelve a estar solo o la furia amaina de golpe y él retorna a un estado de tranquilidad?

Pasa en bicicleta frente a la casa dos veces por día, todos los días hábiles; una vez cuando va al hospital donde trabaja y otra vez cuando termina su turno. Como sus apariciones son tan sistemáticas, el perro sabe a qué hora esperarla: incluso antes de que ella aparezca, se acerca a la verja jadeando de ansiedad. Como la casa está en una pendiente ella tarda más a la mañana, porque va cuesta arriba; al atardecer, por suerte, puede pasar a toda velocidad.

Tal vez no sepa nada de razas caninas, pero tiene una idea cabal de la satisfacción que el perro obtiene de esos encuentros. La satisfacción de dominarla, la satisfacción de ser temido.

Es un macho sin castrar, por lo que puede ver. Ella no sabe si el perro advierte que es mujer, si a sus ojos un ser humano pertenece a un género u otro, como ocurre con los perros. De modo que no sabe si el perro experimenta dos satisfacciones a la vez: la de una bestia que domina a otra y la de un macho que domina a una hembra.

¿Cómo sabe el perro que ella le tiene miedo, pese a su máscara de indiferencia? Respuesta: porque ella despidе olor a miedo y no puede ocultarlo. Cada vez que el perro se abalanza hacia ella, le corre un escalofrío por la espalda y su piel arroja una vaharada de olor, un olor que el perro percibe de inmediato. Y ese tufillo de miedo que le llega desde el otro lado de la verja lo transporta a un verdadero éxtasis de furia.

Ella le tiene miedo y el perro lo sabe. Dos veces por día aguarda lo mismo: la aparición de ese ser que tiene miedo de él, que no puede ocultar ese miedo, que despidе un efluvio de miedo, como una perra despidе el olor del celo.

Ella ha leído a Agustín, quien dice que la prueba más clara de que somos criaturas caídas estriba en el hecho de que no podemos controlar los movimientos de nuestro cuerpo.

Específicamente, el hombre no puede controlar el movimiento de su miembro, que se comporta como si poseyera voluntad propia; tal vez, incluso, como si estuviera poseído por una voluntad extraña.

Va pensando en Agustín cuando llega al pie de la pendiente donde está situada la casa, la casa del perro. ¿Podrá controlarse esta vez, tendrá la fuerza de voluntad necesaria para no despedir el humillante olor del miedo? Cada vez que oye el profundo gruñido que sale de la garganta del perro, que tanto podría ser un gruñido de furia como de apetito sexual, cada vez que oye la sorda embestida del cuerpo canino contra la verja, se repite la misma respuesta: que no, que hoy no podrá controlarse.

El *chien méchant* está encerrado en un jardín en el que no crece nada, solo malezas. Un buen día, ella se baja de la bicicleta, la apoya contra la pared de la casa, golpea la puerta y espera largamente mientras, a unos metros apenas, el perro retrocede y se arroja contra la verja. Son las ocho de la mañana, hora insólita para que alguien golpee a la puerta. Con todo, la puerta se entreabre por fin. En la penumbra, ella ve borrosamente una cara, el rostro de una mujer anciana de facciones angulosas y mustio pelo gris.

—Buenos días —dice ella en un francés bastante aceptable—. ¿Me permite hablar con usted un momento?

La puerta se abre algo más y ella entra en un cuarto con pocos muebles donde un hombre viejo de saco rojo tejido está sentado a la mesa frente a un tazón. Ella lo saluda; él contesta inclinando la cabeza pero no se pone de pie.

—Lamento importunar tan temprano —dice ella—. Dos veces por día paso por aquí en bicicleta y cada vez, lo habéis oído sin duda, vuestro perro está esperando para darme la bienvenida.

Silencio.

—Es algo que se repite desde hace varios meses. Tal vez haya llegado el momento de cambiar las cosas. ¿Estáis dispuestos a presentarme al perro, de modo que me conozca, que vea que no soy una enemiga, que no me propongo hacerle daño?

Los dos viejos se miran. El aire de la habitación está enrarecido, como si no hubieran abierto ninguna ventana durante años.

—Es un buen perro —dice la vieja—. Un *chien garde*, un perro guardián.

Ante lo cual, ella comprende que no habrá ninguna presentación, ningún contacto con el *chien de garde*; a esa mujer se le antoja tratarla como a una enemiga y por eso seguirá siendo una enemiga.

—Cada vez que paso por aquí, el perro se enfurece. No tengo dudas de que odiarme le parece un deber, pero me sobresalta ese odio contra mí, me sobresalta y me aterra. Cada vez que paso, me siento humillada. Es humillante sentir tanto miedo. No poder superarlo. Sentirse incapaz de ponerle fin.

Los dos viejos la miran, inexpresivos.

—Voy por un camino público —continúa entonces ella—. En un camino público, tengo derecho a que no me aterren, a que no me humillen. De vosotros depende enderezar las cosas.

—Es nuestro camino —dice la vieja—. Nosotros no la invitamos. Puede tomar otra ruta.

Entonces el hombre habla por primera vez.

—¿Quién es usted? ¿Con qué derecho viene a casa para decirnos qué debemos hacer?

Ella está a punto de responder, pero el viejo no quiere escuchar.

—Váyase —dice—. Váyase de una vez.

El puño del saco rojo está raído, tiene puntos sueltos. Cuando el viejo agita el brazo para echarla, una hebra de lana se mete en el tazón de café. Ella piensa advertírselo, pero luego se calla. Se va sin decir una palabra y la puerta se cierra a sus espaldas.

El perro se lanza de nuevo contra la verja. *Algún día —piensa— la verja va a ceder y te voy a hacer pedazos.*

Aunque está temblando, aunque puede sentir las oleadas de miedo que emanan de su cuerpo, ella mira al perro con tanta serenidad como puede y le habla, con palabras humanas:

—Maldito seas.

Monta en la bicicleta y empieza a pedalear cuesta arriba.

Una historia

No siente culpa. Eso es lo que la sorprende. Ninguna culpa.

UNA vez por semana, a veces dos, va a la ciudad, al departamento de ese hombre, se desviste, le hace el amor, vuelve a vestirse, sale del departamento y conduce hasta la escuela para recoger a su hija y a la hija de una vecina. Ahí en el auto, camino a casa, escucha lo que le cuentan de la escuela. Después, mientras las dos nenas comen galletitas y miran televisión, se da una ducha, se lava el pelo, se refresca, se renueva. Sin culpa. Tarareando bajito.

¿Qué clase de mujer soy?, se pregunta alzando la cara para recibir la lluvia de agua caliente, sintiendo el suave golpeteo de las gotitas sobre los párpados, sobre los labios. ¿Qué clase de mujer seré, que todo esto se me hace tan fácil, la falta de lealtad, la infidelidad?

Infidelidad: esa fue la palabra que se dijo en el instante en que el hombre se deslizó adentro de ella por primera vez. Todo lo anterior se podía disculpar, se podía borrar hablando: los besos, el desvestirse, las caricias, los toqueteos íntimos. A todo eso se le podía dar otro nombre; se podía decir que era jugar, por ejemplo, jugar con la infidelidad, incluso con la idea de infidelidad. Algo así como mojarse los labios con una bebida pero sin tragarla. No era la cosa concreta. Pero cuando él se deslizó adentro, lo que fue fácil y placentero, hubo algo irreversible, la cosa real. Estaba sucediendo; ya había sucedido.

Ahora traga la bebida todas las veces. No puede esperar para engullirlo a él en su cuerpo. ¿Qué clase de mujer soy? Y la respuesta parece ser: soy una

mujer espontánea. Sé (¡por fin!) lo que quiero. Consigo lo que deseo y me siento satisfecha. Lo deseo sin cesar, pero cuando lo tengo, me siento satisfecha. Por lo tanto, no soy insaciable; no, no soy una mujer insaciable.

Espejito, espejito colgado en la pared: dime la verdad.

Él no es del tipo hogareño, pero cuando ella viene, compra sushi y después, si hay tiempo, se sientan en el balcón, miran el tráfico que pasa y comen sushi.

A veces, en lugar de sushi, él compra baklava. No hay una relación evidente entre los días de sushi y los días de baklava. Todos los días, todas las veces, todo es igual de espontáneo, igual de satisfactorio.

Cada tanto, el marido se queda fuera toda la noche por cuestiones de negocios. Ella no aprovecha esa libertad para pasar la noche entera con el hombre. Tiene una idea clara sobre los límites de lo que hay entre ellos, sobre los límites que ella quiere ponerle. Específicamente, no quiere que lo que hay entre ellos contamine su hogar, que incluya el matrimonio.

Lo que hay entre ellos todavía no tiene un nombre. Cuando se termine, lo tendrá: un affaire. Una vez tuve un affaire con un hombre que no conocía, le confesaré a alguna amiga mientras toman un café. No se lo dije a nadie, tú eres la primera, prométeme que no lo vas a contar. Fue un affaire que duró tres meses, o seis, o tres años. Cosa del pasado. Algo sorprendente por lo simple, por lo agradable, tan agradable que nunca intenté repetirlo. Por eso puedo contártelo, porque es parte del pasado, parte de lo que yo solía ser, de lo que me ayudó a ser la que soy, pero no parte de mí. Era infiel, pero todo eso se terminó. Soy fiel de nuevo. Ahora soy íntegra.

El marido viaja por negocios y ella lo llama a medianoche.

—¿Dónde estás? —le pregunta. Y él contesta que está en la habitación de un hotel.

—¿Solo?

—Por supuesto —dice él.

—Quiero pruebas. Quiero que me digas “te amo” —. Él dice “Te amo”.

—Más fuerte —dice ella—. Para que lo oigan todos.

Y él le dice que la ama, que la adora, que es la única mujer de su vida. También le dice por segunda vez que está solo y le pregunta si está celosa.

—Por supuesto que estoy celosa. Si no, ¿por qué no puedo dormir

pensando que estás en un hotel con una mujer desconocida? ¿Por qué llamarte si no?

Es todo mentira. No está celosa. ¿Por qué habría de estarlo? Se siente satisfecha y una mujer satisfecha no puede estar celosa. Parece ser una ley.

Lo llama al hotel a mitad de la noche para que él sepa que en ese momento ella no está con otro hombre en su casa, en el lecho matrimonial. El marido no tiene sospecha alguna; no es un hombre desconfiado, pero ella lo llama por teléfono y finge estar celosa. Un proceder artero, perverso incluso.

El hombre que ella va a ver, el hombre que la agasaja en su casa, en su cama, tiene un nombre. Frente a él, ella lo llama por su nombre, Robert, pero a solas lo llama X. No porque sea un enigma o una incógnita, sino porque X es el signo que usamos para tachar un nombre, sea Robert o Richard. Uno traza una X encima y el nombre desaparece.

No lo odia ni lo ama, pero ama el modo en que él la mira y lo que le hace a causa de cómo la mira. Cuando está desnuda en la cama de él, en su departamento, él la mira con tanta alegría en los ojos, tanto placer, tanto deseo que...

Si X fuera pintor, lo convencería de que la pintara desnuda, en esa misma cama. Se pondría una máscara veneciana. “Desnudo con máscara”, sería el título del cuadro. Esa ella le haría pintar todo de tal manera que cualquiera podría ver cuál es el aspecto de un cuerpo de mujer cuando alguien lo desea.

Si X fuera realmente pintor, encontraría la manera de decir en el cuadro: Miren este cuerpo tan deseado. Y si yo decidiera quitarme la máscara: Miren a una mujer que es tan deseada.

“Tan”: ¿qué significa *tan*?

Desde luego, él no es pintor. Tiene un trabajo que le permite tomarse algunas tardes, una vez por semana; a veces, dos. Ella conoce el trabajo; él se lo ha contado, pero no es algo importante y ella opta por olvidarlo.

Él le hace preguntas sobre el marido, sobre la relación entre ellos dos.

—¿Te parece que te estoy usando para vengarme de él? —le dice ella—. No podrías estar más equivocado. Soy totalmente feliz en mi matrimonio.

No hay nada que ande mal en su matrimonio. Según se defina la palabra “casada”, lleva siete o diez años de casada, y no tiene ninguna razón para pensar que no estará casada eternamente, al menos hasta que se muera. Nunca antes ha estado tan atenta con el marido, tan receptiva, tan afectuosa. Hacen

el amor tan bien como siempre, incluso mejor.

¿Acaso hace el amor con el marido tan bien como siempre, tal vez mejor, porque una vez por semana, a veces dos, se encuentra con un hombre extraño, X, que despierta su deseo y lo satisface? Ese hombre le ha dado a leer una historia de Robert Musil, que habla de una mujer que tiene un affaire con un extraño y luego vuelve a su marido y lo ama más que nunca. Le ha dado esa historia como si le fuera a proporcionar una especie de iluminación, pero no podría estar más equivocado. Ella no es como la mujer del cuento, Celeste o Clarice. La Clarice del cuento es perversa; ella no. Es más, la Clarice del cuento intenta recuperar la perversidad del pantano moral en el que ha caído, recuperar la perversidad y redimirla, pero no hay nada perverso en lo que ella hace esas tardes en que va a la ciudad. No hay nada perverso porque todo eso no tiene nada que ver con su matrimonio. Lo que ella hace esas tardes es algo hecho en el tiempo libre, en un tiempo en que, durante una hora o dos, ella deja de ser una mujer casada y es simplemente ella misma.

¿Es posible que, a consecuencia de una decisión consciente, una mujer casada deje de ser una mujer casada por un lapso de tiempo y sea nada más que ella misma, y que luego vuelva a ser una mujer casada? ¿Qué significa estar casada?

No usa alianza. Tampoco el marido. Tomaron esa decisión juntos, al principio, siete o diez años atrás. La alianza es el único signo visible que distingue a una mujer casada de otra que solo es una mujer. Si hay algún otro signo, invisible, no sabe qué puede ser. Específicamente, cuando mira su corazón, lo único que ve es que ella es ella misma.

La historia de Robert Musil la ha puesto a la defensiva con X. No está segura de si la Clarice del cuento se miente (tampoco ve si la cuestión es decidible), pero el hecho de que surja esa pregunta con respecto a la Clarice de la historia significa que la misma pregunta debe surgir con respecto a ella misma. ¿Todas esas preguntas acerca de lo que significa estar casada no son una manera de justificar su infidelidad? Cree que no, pero de todos modos no ve si la pregunta es decidible.

Realmente, le parece que darle a leer esa historia fue un error por parte de X. Un error desde el punto de vista de él porque ha enturbiado aguas que antes eran límpidas, y también un error desde el punto de vista de ella porque lo ha disminuido a él ante sus ojos por pensar que ella se parece (o no se

parece) a la mujer de la historia, y para ella es importante apreciar a X.

Lo que sigue desconcertándola es no sentir culpa. A veces, cuando está en brazos del marido, quiere decirle: “No te puedes imaginar la bendición que es para mí que me amen dos hombres. Me estalla el corazón de gratitud”. Prudentemente, sin embargo, no se deja llevar por ese impulso. Prudentemente, cierra la boca y se concentra en exprimir hasta la última gota de placer del acto que están realizando ellos dos, ella y su amado marido.

—¿Por qué estás siempre sonriendo? —le pregunta la hija en el coche. Es un día en que van solas porque la hija de la vecina ha faltado a la escuela; está enferma.

—Sonrío porque es muy lindo estar contigo.

—Pero estás siempre sonriendo. Incluso cuando estamos en casa.

—Sonrío porque la vida es tan hermosa. Porque todo es tan perfecto.

Todo es perfecto. ¿Será esto la perfección, tener un marido y también un amante? ¿Es eso lo que cabe aguardar en el cielo: la bigamia, una bigamia múltiple, una bigamia de todos con todos?

En cuanto a la moral, ella es en realidad bastante conservadora. Cuando esta historia termine, esta historia que parece condenada al rótulo de affaire, probablemente no tenga ninguna otra. Por lo que sabe por sus amigas, por lo que le han contado en confianza, rara vez los affaires son felices. Esperar no solo un primer affaire feliz sino una serie de otros affaires dichosos sería tentar al destino. Por eso, cuando termine, dentro de tres meses o tres años, o lo que sea, volverá a ser una mujer casada, casada todo el tiempo, noche y día, y en su memoria quedará enterrado el recuerdo de cómo es estar tendida en una cama en un cálido día de verano, devorada por la mirada de un hombre que —aunque no pueda pintarla— llevará para siempre grabada en el corazón esta imagen de belleza desnuda.

Vanidad

ES el cumpleaños de la madre; cumple sesenta y cinco, de modo que no es cualquier cumpleaños. Llegan juntos al departamento: él, su hermana y su mujer, además de los dos nietos y todos los regalos; todos apretados en un auto chico.

Toman el ascensor hasta el último piso, tocan el timbre. Abre la puerta la madre o, al menos, una mujer que se le parece y no se le parece de una manera inquietante.

—Hola, queridos —dice esa mujer extraña o medio extraña—. No os quedéis ahí afuera. ¡Entrad!

Cuando ya están en el interior, él ya ha descubierto qué es lo distinto. La madre se ha teñido el pelo. Esa mujer, madre suya, que ha usado austeramente pelo corto desde que él tiene memoria, esa mujer cuyo cabello comenzó a encanecer cuando andaba por los cuarenta, ahora es rubia y, lo que es más, se ha hecho un corte y un peinado elegantes, con una onda que cae con picardía sobre el ojo derecho. ¡Además, maquillaje! Nunca usó maquillaje o, si lo usaba, era tan discreto que un distraído como él no lo advertía. Ahora, se ha puesto sombra en los párpados y se ha pintado los labios con un color que, por lo que él sabe, llaman coral.

Los nietos, sus hijos, que son niños y no han aprendido aún a ocultar lo que sienten, son los que reaccionan de manera más directa.

—¿Qué te has hecho, abuela? —dice Emily, la mayor—, ¡Tienes un aspecto tan raro!

—¿No le dais un beso a la abuela? —dice la madre. El tono no es

patético; no se siente herida. Él está acostumbrado a cierta dureza en su expresión, que no ha desaparecido—. No creo que mi aspecto sea raro. Creo que me queda bien y hay otra gente que piensa lo mismo. Os vais a acostumbrar. De todos modos, hoy celebramos mi cumpleaños, no el vuestro. Ya os llegará el turno. Todos tenemos nuestro turno una vez por año, mientras seguimos vivos. Así son los cumpleaños.

Desde luego, es una descortesía que los chicos se nieguen a besarla, como lo han hecho. Pero es un alivio que la nueva ocurrencia de ella esté a la vista y puedan observarla.

La madre sirve el té y trae una torta con seis velitas y media, que representan seis décadas y media. Le dice al varoncito que las apague, y él lo hace.

—Me encanta tu nuevo *look* —dice la hermana de él, Helen—. Listo, ya lo dije. Estoy a favor de los cambios. ¿Qué te parece a ti, John?

Como ya no es un chico y ya aprendió a ocultar sus sentimientos, él concuerda:

—Es lo mejor que podías haber hecho para tu cumpleaños. Un cambio. Una página nueva.

—Gracias —dice la madre—. Ya sé que no lo creéis, pero gracias igual por decirlo. Supongo que ahora os interesará saber de qué se trata.

Él no tiene demasiados deseos de saber de qué se trata. Ya es bastante alarmante de por sí el nuevo *look*, sin necesidad de saber de qué se trata. Pero no dice nada.

—No es algo para siempre —sigue la madre—. Tranquilos, no va a durar mucho. Cuando llegue el momento, volveré a ser la misma, al fin de la temporada. Pero quiero que de nuevo me miren. Que una o dos veces más en la vida alguien me mire como se mira a una mujer. Eso es todo. Que me miren. Nada más. No quiero irme sin tener esa experiencia.

Que la miren. Hay un intercambio fugaz entre él y la hermana; una expresión, una mirada, no la mirada que intercambian un hombre y una mujer, sino la mirada que cruzan un hermano y una hermana con una larga historia de complicidad.

—¿No te parece que podrías decepcionarte? No digo que no te miren, pero quizá no te miren como esperas —dice Helen.

—¿Qué quieres decir? —pregunta la madre—. Creo que lo entiendo, pero de todos modos quiero oírlo.

Helen enmudece.

—¿Te refieres a una mirada de horror? —dice la madre—. ¿Como la de alguien que mira un cadáver acicalado para un baile? ¿Te parece que es algo extravagante? —Y sacude el mechón de cabello rubio hacia el costado.

—Te queda muy bien —dice Helen, acobardada.

Durante todo ese tiempo, la mujer de John no ha dicho una sola palabra, pero de vuelta en el coche, se despacha.

—Va a salir lastimada —dice—. Si alguien no interviene, va a salir lastimada, y la culpa la vamos a tener nosotros porque lo permitimos.

—¿Permitimos qué? —dice Helen.

—Me entendiste perfectamente. No está en sus cabales.

De modo que él tiene que salir a defender a la madre.

—No es cierto. Es una persona totalmente racional. ¿Acaso es irracional desear algo muy intensamente y hacer lo que sea necesario para conseguirlo?

—¿Qué quiere la abuela? —pregunta, Emily, la niña, desde el asiento de atrás.

—Ya has oído lo que dijo —contesta él—. Quiere repetir cierta experiencia que solía tener cuando era más joven. Nada más.

—¿Qué experiencia?

—Lo oíste. Quiere que la miren de cierta manera. Con admiración.

—¿Y entonces por qué va a salir lastimada?

—Tu mamá hablaba metafóricamente. Norma, tendrías que explicar lo que quisiste decir.

—Se va a decepcionar —dice Norma, que es su mujer y madre de la nena—. No la van a mirar como ella quiere. La van a mirar de otra manera.

—¿De qué otra manera?

Norma cierra la boca.

—¿De qué otra manera, mamá?

—La van a mirar como se mira a alguien... que está fuera de lugar. Alguien que lleva ropa fuera de lugar. Como sucede cuando tu edad no condice con el lugar en que te imaginas estar.

—¿Qué quiere decir fuera de lugar?

Silencio.

—Fuera de lugar quiere decir inusual —dice él—. Cuando uno hace algo inusual o inesperado, algunos dicen que está fuera de lugar.

—No es eso lo que quise decir. Para nada —dice Norma—. Fuera de lugar es mucho más que inusual. Fuera de lugar quiere decir estrafalario. Y es lo que pasa cuando uno envejece y empieza a perder el tino.

—A los sesenta años nadie es viejo —objeta él—. Tampoco a los setenta. Ni siquiera a los ochenta, hoy en día.

—Tu madre siempre vivió en un mundo propio, un mundo irreal. Lo sabes perfectamente. Cuando era más joven, no había problema. Pero ahora la irrealidad, la irrealidad real, puede más que ella. Se comporta como una persona salida de un libro.

—¿Y cómo se comporta la gente en los libros?

—Tu madre actúa como un personaje de Chéjov. Gente que intenta recuperar su juventud y sale lastimada. Humillada.

Él ha leído a Chejov, pero no recuerda ningún cuento en que alguna mujer se tiña el pelo gris, salga en busca de una mirada, nada más que eso, *un certain regard*, y termine lastimada, humillada.

—¿Qué más? —dice él—. Cuéntanos algo más de la mujer de Chéjov. Sale lastimada y ¿qué pasa?

—Vuelve a su casa a través de la nieve y la casa está vacía y el fuego del hogar se ha apagado. Ella se para frente al espejo y se quita la peluca —en Chéjov es una peluca— y se siente muy triste.

—¿Y después?

—Eso es todo. Se siente muy triste y así termina el cuento. Eternamente triste. Aprendió la lección.

Una mujer que envejece

LA mujer está de visita en casa de su hija, en Niza; primera visita en años. El hijo vendrá de Estados Unidos y compartirá con ellas unos días, de paso para algún congreso. Interesante la coincidencia de fechas. La madre se pregunta si hubo alguna complicidad, si no tienen un plan, alguna propuesta que hacerle, el tipo de propuesta que hacen los hijos a una madre cuando sienten que ya no puede cuidarse sola. *Es obstinada* —deben de haber dicho—, *tan obstinada, porfiada, testaruda, ¿cómo afrontar esa testarudez si no lo hacen juntos?*

La quieren, desde luego, de lo contrario no estarían tramando planes para ella. De todos modos, ella se siente como aquellos aristócratas romanos cuando esperaban que les alcanzaran la copa fatal, cuando aguardaban que alguien les dijera con el aire de mayor confianza y comprensión que, por el bien público, debían beberla sin chistar.

Siempre han sido buenos hijos, solícitos, dado lo que son los hijos. Si ella ha sido igualmente buena y solícita como madre es otra cuestión. Pero en esta vida no siempre recibimos lo que merecemos. Si quieren equilibrar las cosas, sus hijos tendrán que esperar otra vida, otra encarnación.

La hija dirige una galería de arte en Niza. A todos los fines prácticos, ya es francesa. Y el hijo, con su esposa y sus hijos norteamericanos, pronto será norteamericano para todos los fines prácticos. Después de dejar el nido, los dos han volado lejos. Si no fuera incorrecto, incluso se podría pensar que remontaron vuelo para alejarse de ella.

Cualquiera sea la propuesta que quieran hacerle, seguro será ambivalente:

por un lado, cariño y preocupación; por el otro, urgencia sin corazón y el deseo de que llegue el final. La ambivalencia no debería desconcertarla. Ha sido su medio de vida. ¿Qué sería del arte de la ficción si no existiera el doble sentido? ¿Qué sería la vida misma si todo fuera cara o ceca, y no hubiera nada entremedio?

—Lo que me inquieta ahora que voy envejeciendo —le dice al hijo— es oír que salen de mi boca palabras que en otros tiempos solía oír en labios de la gente mayor y me juraba que nunca las diría yo misma. Cosas como *a qué hemos llegado*. Por ejemplo, “nadie parece darse cuenta ya de que no se dice *aplicar a* una beca, ¡a qué hemos llegado!”; “la gente camina por la calle comiendo pizza y hablando por teléfono, ¡a qué hemos llegado!”.

Es el primer día que él pasa en Niza, para ella es el tercero: un día despejado y cálido de junio, un día que atrae a gente ociosa y pudiente de Inglaterra hacia esa franja costera. Justamente, ahí están ellos dos, paseando por la Promenade des Anglais, tal como cien años atrás paseaban los ingleses con sus sombrillas y sombreros de paja mientras deploraban que el último libro de Thomas Hardy no fuera bueno, y deploraban también la cuestión de los bóeres.

—*Deplorar* —dice ella—: palabra que no se oye mucho hoy en día. Nadie en sus cabales *deplora* hoy nada, a menos que quiera hacer el ridículo. Es una palabra proscrita, una actividad proscrita. ¿Qué podemos hacer entonces? ¿Reprimir todos esos sentimientos atascados adentro hasta hallarnos a solas con otros viejos y sentirnos cómodos para desembucharlos?

—Conmigo puedes deplorar todo lo que quieras, mamá — dice John, el hijo bueno y solícito—. Te daré un asentimiento comprensivo y no me voy a burlar. ¿Qué otra cosa querrías deplorar hoy, además de la pizza?

—No deploro la pizza; no hay nada malo en la pizza cuando está en su lugar. Lo que me parece una grosería es caminar y comer y hablar, todo al mismo tiempo.

—De acuerdo, es una grosería; al menos es muy poco elegante. ¿Qué más?

—Eso es todo. No importa lo que yo deploro. Lo que importa es lo que años atrás me prometí no hacer jamás y ahora me encuentro haciendo. ¿Por qué sucumbí? Deploro que el mundo esté como está. Deploro el rumbo de la

historia. Desde el fondo del corazón, lo deploro. Sin embargo, cuando me escucho, ¿qué oigo? Oigo a mi madre deplorando la minifalda, la guitarra eléctrica. Y recuerdo mi exasperación: “Está bien, mamá”, le decía mordiéndome los labios y rogando que se callase. Por eso...

—Por eso crees que estoy mordiéndome los labios y rogando que te calles.

—Exacto.

—Pero no. Para mí es totalmente aceptable deplorar que el mundo esté como está. En privado, yo mismo lo deploro.

—Hablo de los detalles, John, los detalles. No es que deplora el gran movimiento de la historia; son los detalles lo que me exaspera: ¡la mala educación, la gramática defectuosa, el hablar a los gritos! Los detalles me sacan de quicio, y exasperarme por ese tipo de detalles me lleva a la desesperación. ¡Tan triviales! ¿Me entiendes? Por supuesto que no. Te parece que me estoy caricaturizando. ¡Pero hablo en serio! ¿Entiendes que todo esto puede ser serio?

—Por supuesto. Te has expresado con gran claridad.

—¡No y no! ¡De ninguna manera! Me expreso con palabras y todos estamos hartos ya de palabras. La única manera de probar que uno habla en serio es eliminarse. Lanzarse sobre la espada. Levantarse la tapa de los sesos. Sin embargo, apenas lo digo, sonrías a escondidas. Lo entiendo. Pues no hablo en serio, no totalmente: soy demasiado vieja para hablar en serio. Te matas a los veinte y es una pérdida trágica. Te matas a los cuarenta y es un comentario revulsivo sobre la época. Pero te matas a los setenta y la gente dice: “Pobrecita. Seguro que tenía cáncer”.

—Nunca te importó lo que decía la gente.

—Nunca me importó lo que decía la gente porque siempre tuve fe en el futuro. La historia me va a reivindicar, eso es lo que me decía, pero estoy perdiendo fe en la historia tal como marcha, no tengo ya fe en su poder de alcanzar la verdad.

—Para ti, ¿en qué se ha convertido hoy la historia? Ya que estamos, puedo señalarte que, una vez más, te las arreglaste para colocarme en el lugar de chico honesto y hombre honesto, lugar que no me gusta demasiado.

—Lo lamento. Realmente lo lamento mucho. Eso me pasa porque vivo sola. La mayor parte del tiempo mantengo estas conversaciones en la cabeza;

es un alivio que haya personas a quienes conversar.

—Interlocutores. No personas. Interlocutores.

—Eso. Interlocutores a quienes conversar.

—Con quienes conversar.

—Interlocutores con quienes conversar. Discúlpame. Cambio de tema. ¿Cómo está Norma?

—Bien. Te manda cariños. Los chicos también están bien. ¿Qué sucedió con la historia?

—Perdió su voz. Clío, la musa que en otros tiempos pulsaba la lira y cantaba las hazañas de los grandes hombres, se ha vuelto endeble y frívola, como esas mujeres tontas. Al menos, eso es lo que pienso a veces. En otros momentos pienso que ha caído prisionera de una banda de matones que la torturan y la obligan a decir cosas que nunca se propuso. Imposible contarte los negros pensamientos que tengo sobre la historia. Se han vuelto una obsesión.

—Una obsesión. ¿Eso quiere decir que estás escribiendo sobre el tema?

—No, no estoy escribiendo. Si pudiera escribir sobre la historia, sería mi manera de superar la cuestión. No. Todo lo que hago es refunfuñar y deplorar las cosas. También deploro mi situación. Me quedé atrapada en un cliché y ya no creo que la historia me haga cambiar de opinión.

—¿Qué cliché?

—El cliché del disco rayado, que dejó de tener sentido cuando desaparecieron los gramófonos y las púas. La palabra que me devuelven desde todas partes como un eco es *lúgubre*. *Su mensaje al mundo es invariablemente lúgubre*. ¿Qué significa? Una palabra que sugiere un paisaje invernal y que, de alguna manera, se me ha quedado adherida, como un perro vagabundo que se arrastra detrás de mí dando gañidos y que no consigo echar. Me persigue. Me perseguirá hasta la tumba. Se quedará al borde de la tumba, mirando y ladrando: *lúgubre, lúgubre, lúgubre*.

—Y si no eres *lúgubre*, mamá, ¿qué eres?

—Lo sabes muy bien, John.

—Por supuesto, pero de toda maneras, quiero que lo digas. Que pronuncies las palabras.

—Soy la que solía reír pero ya no ríe. Soy la que llora.

Helen, la hija, dirige una galería de arte en el casco antiguo de la ciudad. Por lo que todos dicen, la galería tiene éxito. Helen no es la propietaria; es empleada de unos suizos que dos veces por año bajan de su guarida en Berna para verificar las cuentas y llevarse lo recaudado.

Helen, o Héléne, es menor que John, pero parece mayor. Incluso cuando estudiaba tenía aspecto de persona madura, con esas polleras tubo que llevaba, anteojos de lechuza y rodete. Un estilo que los franceses aceptan e incluso respetan: la intelectual severa y sin pareja. Mientras que en Inglaterra enseguida pensarían que es una bibliotecaria ridícula.

En realidad, no tiene ningún motivo para pensar que Helen no tiene pareja: no cuenta nada de su vida privada, pero la madre le ha oído hablar a John de un affaire que mantiene desde hace años con un hombre de negocios de Lyon que la lleva afuera los fines de semana. Quién sabe, tal vez florezca en esos fines de semana.

No está bien hacer conjeturas sobre la vida sexual de los hijos. De todos modos, la madre no puede creer que una persona que consagra su vida al arte, aunque solo sea a la venta de cuadros, esté totalmente desprovista de algún secreto fuego interior.

Había esperado un ataque conjunto: Helen y John sentados frente a ella exponiéndole lo que habían planificado para su salvación. Pero no, la primera velada en común transcurre muy agradablemente. El tema aparece al día siguiente, en el auto de Helen, mientras viajan hacia el norte, hacia los Bases-Alpes, rumbo a un mesón que ha elegido Helen. John se ha quedado para trabajar en su ponencia para el congreso.

—¿Te gustaría vivir aquí? —dice Helen de pronto.

—¿Qué quieres decir? ¿En la montaña?

—No, en Francia. En Niza. En el edificio donde vivo hay un departamento que se desocupa en octubre. Podrías comprarlo, o podríamos comprarlo entre las dos. Está en la planta baja.

—¿Quieres que vivamos juntas? Es una propuesta demasiado brusca. ¿Estás segura?

—No viviríamos juntas. Serías totalmente independiente, pero si hubiera una emergencia, tendrías alguien a quien llamar.

—Gracias, pero tenemos gente muy competente en Melbourne, gente

preparada para atender a ancianos y sus pequeñas urgencias.

—Por favor, mamá, dejemos los juguetos. Tienes setenta y dos años. Tienes problemas cardíacos. No siempre vas a poder ocuparte de ti misma. Si tú...

—No digas nada más. Estoy segura de que los eufemismos te disgustan tanto como a mí. Podría romperme una cadera, podría ponerme senil; podría quedar postrada en la cama durante años: de ese tipo de cosas estamos hablando. Reconozco esas posibilidades, pero la cuestión para mí es esta: ¿por qué habría de imponerle a mi hija la carga de cuidarme? Supongo que la cuestión para ti es si podrás vivir en paz contigo misma si no te ofreces a cuidar de mí y protegerme, si no lo haces por lo menos alguna vez, con toda sinceridad. ¿He planteado nuestro problema con claridad?

—Sí. Mi propuesta es sincera. Practicable también. Lo hablé con John.

—Entonces no arruinemos este hermoso día con discusiones. Me has hecho tu propuesta, la escuché, y te prometo pensarla. Dejémoslo ahí. Es muy poco probable que acepte, como habrás adivinado. Mi pensamiento va en una dirección totalmente distinta. Hay algo en que los viejos superan a los jóvenes: en morir. A los viejos les atañe morir bien, mostrar a los que siguen cómo puede ser una buena muerte. En esa dirección va mi pensamiento. Me gustaría concentrarme en morir bien.

—Podrías tener una buena muerte en Niza tanto como en Melbourne.

—No es verdad, Helen. Reflexiona un poco y te darás cuenta de que no es verdad. Pregúntame qué quiero decir cuando hablo de una buena muerte.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Una buena muerte ocurre lejos, en algún lugar donde gente extraña se hace cargo de los restos mortales, gente que está en el negocio de las funerarias. De una buena muerte, uno se entera por telegrama: *Lamento informarle que...* etcétera. Es una lástima que los telegramas hayan pasado de moda.

Helen lanza un bufido exasperado. Siguen andando en silencio. Niza está ya lejos y descienden a un largo valle por una carretera vacía. Aunque ya es verano, el aire es frío, como si el sol jamás penetrara en esas profundidades. La madre se estremece y levanta la ventanilla. ¡Como si ese valle frío fuera una alegoría!

—No está bien morir a solas —dice Helen por fin—, sin nadie al lado que

te sostenga la mano. Es antisocial. Inhumano. Falto de afecto. Te pido disculpas por las palabras, pero realmente es lo que quiero decir. Me ofrezco para sostener tu mano. Para estar contigo.

De sus dos hijos, Helen siempre fue la más reservada, la que mantuvo más la distancia. Nunca habló así. Tal vez el auto facilite las cosas, porque el que maneja no tiene que mirar directamente a su interlocutor. Debe recordar eso con respecto a los autos.

—Te agradezco que lo hayas pensado. —Inesperadamente, la voz que sale de su garganta es muy débil—. Lo tendré presente. ¿No sería extraño volver a Francia después de todos estos años para morir? ¿Qué le voy a decir al funcionario de la frontera cuando me pregunte si vengo por trabajo o por placer? Peor, si me pregunta cuánto pienso quedarme... *siempre?* ¿*Hasta el final?* ¿*Por una temporada breve?*

—Para *réunir la famille*. Entenderá. Para reunir a la familia. Pasa todos los días. No te preguntará nada más.

Comen en un *auberge* que se llama Les Deux Ermites. Seguramente hay toda una historia que explica ese nombre, pero ella prefiere que no se la cuenten. Aunque se trate de una historia interesante, es muy probable que sea inventada. Sopla un vientecito frío como un cuchillo; las protege un vidrio a través del cual ven los picos nevados. Es principio de temporada: aparte de ellas, solo hay dos mesas ocupadas.

—¿Bello? Sí, desde luego, es bello. Un bello, hermoso país, no hay duda. *La belle France*. Pero no te olvides, Helen, de la suerte que he tenido, el privilegio de seguir una vocación muy especial. Pude ir de un lugar a otro a mi antojo durante la mayor parte de mi vida. Cuando quise, viví en el seno mismo de la belleza. Lo que me pregunto ahora es: ¿de qué me ha servido toda esa belleza? ¿No será la belleza otro objeto de consumo, como el vino? Uno bebe, lo traga y nos da una breve sensación placentera, embriagadora, pero ¿qué queda? Lo que el vino deja como saldo, con tu perdón, es la orina; ¿cuál es el saldo de la belleza? ¿En qué hace bien? ¿Nos hace mejores?

—Así que esa es la cuestión: si el contacto con la belleza nos hace mejores. Antes de que me des tu propia respuesta, mamá, ¿puedo darte la mía? Creo que sé lo que me vas a decir. Me dirás que toda esa belleza que hubo en tu vida no te ha hecho ningún bien apreciable, que cualquiera de estos días te vas a hallar a las puertas del cielo con las manos vacías y un gran

signo de interrogación en la frente. Decir algo así sería muy propio de ti, es decir, de Elizabeth Costello. Creérselo también. Lo que *no* vas a decir — porque no sería propio de Elizabeth Costello— es que lo que has producido como escritora no solo tiene su belleza, una belleza acotada, desde luego — no es poesía— pero belleza al fin: forma agradable, claridad, economía. Lo que no vas a decir es que lo que has escrito ha cambiado la vida de otros, ha hecho de ellos seres humanos mejores, o algo mejores. No soy yo la única que lo dice. Hay otra gente que dice lo mismo, gente que no es conocida nuestra. Me lo dicen a mí, en la cara. No porque tus obras contengan lecciones sino porque *son* una lección.

—Como el patinador de agua.

—No sé quién es el patinador de agua.

—Es una especie de mosca de patas largas. Un insecto. Él piensa que está cazando para alimentarse pero, en realidad, sus movimientos describen una y otra vez en la superficie del estanque la palabra más hermosa y trascendental, el nombre de Dios. Los movimientos que hace la pluma sobre el papel también trazan el nombre de Dios, y tú, desde cierta distancia lo ves, pero yo no.

—Si te place decirlo así, pero hay más que eso. Le enseñas a la gente cómo sentir. Por obra de la gracia. La gracia de la pluma que sigue al pensamiento en su andar.

A ella, la teoría que expone Helen le suena bastante antigua, bastante aristotélica. ¿La habrá elaborado ella misma o la leyó en alguna parte? ¿Y cómo se aplica al arte de la pintura? Si el ritmo de la pluma es el ritmo del pensamiento, ¿qué es el ritmo del pincel? ¿Y qué pasa con las pinturas hechas con aerosol? ¿Nos enseñarán a ser mejores? Suspira.

—Es muy tierno de tu parte decir lo que has dicho, tratar de tranquilizarme. Decirme que no es una vida desperdiciada, al fin y al cabo, la mía. Por supuesto, no estoy convencida. Como dijiste, si pudiera convencerme no sería yo misma. Lo que no es ningún consuelo. Como ves, no estoy de buen humor. En este momento, mi vida me parece desacertada de cabo a rabo, y de ninguna manera interesante. Me parece ahora que si una quiere realmente ser mejor, hay maneras de lograrlo dando menos rodeos que eso de llenar miles de páginas con textos en prosa.

—¿Qué maneras?

—Helen, esta conversación no es interesante. De un ánimo sombrío no surgen pensamientos interesantes.

—¿Nos quedamos calladas, entonces?

—Sí, es mejor. Hagamos algo realmente anticuado. Quedémonos sentadas en silencio escuchando al cuclillo.

Pues se oye realmente el canto de un cuclillo en el grupo de árboles que hay detrás del restaurante. Si abren apenas la ventana, la brisa trae claramente el canto: un motivo de dos notas, una más alta y otra más baja, que se repite una y otra vez. *Reminiscente* —palabra propia de Keats, piensa ella—, reminiscente del estío y la molicie estival. Pájaro odioso, pero ¡todo un cantante! ¡Todo un sacerdote! *Cucú*, nombre de Dios en la lengua de los cuclillos. Un mundo de símbolos.

Mecidos por la suave calidez de la noche mediterránea hacen algo que no hacían desde que los chicos eran chicos. Están sentados en el balcón del departamento de Helen jugando a las cartas. Juegan al bridge para tres y a lo que ellos llamaban sietes que, según Helen/Hélène, en francés se llama *rami*.

La idea de jugar a los naipes fue de Helen. Al principio parecía algo raro, artificial, pero una vez que entran en calor, la madre se siente complacida. Qué intuitiva, Helen: nunca habría sospechado que era intuitiva.

Lo que la sorprende ahora es la facilidad con que se deslizan en sus respectivos estilos de juego de hace treinta años. Ella pensaba que lo más lo probable era que cada uno hubiera dejado de lado ese estilo una vez librado de los demás: Helen es temeraria y atolondrada; John un tanto estricto, un tanto previsible, y ella misma, sorprendentemente competitiva si se considera que sus dos contrincantes son de su propia sangre, que incluso el humilde pelícano se desgarraría el pecho para alimentar a sus crías en caso de necesidad. Si hubieran apostado, los habría desplumado. ¿Qué revela eso acerca de ella misma? ¿Qué revela acerca de todos ellos? ¿Índica que el temperamento es inmutable, incorregible, o simplemente indica que las familias, las familias felices, se mantienen unidas gracias a un repertorio de juegos que se juegan con una máscara en la cara?

—Parecería que mis talentos no han decrecido —comenta después de otra mano ganadora—. Disculpadme. Me hace sentir incómoda. —Es mentira, desde luego. No se siente incómoda en absoluto. Se siente victoriosa—. Es curioso ver qué talentos conserva uno con los años y cuáles comienzan a

menguar.

El talento que conserva, el que está ejercitando en ese preciso instante, es el de visualizar. Sin el menor esfuerzo mental, puede ver las cartas que tienen sus hijos en la mano, cada una de ellas. Puede ver lo que tienen en la mano; puede ver lo que tienen en el corazón.

—¿Y cuáles son los talentos que te parece estar perdiendo, mamá? —dice cautelosamente el hijo.

—Voy perdiendo —contesta ella como si tal cosa— la capacidad de desear. —Ya que están en el baile, hay que bailar...

—Yo no diría que el deseo implica talento —contesta John tomando animosamente la batuta—. Tal vez intensidad. Tensión. Pero no talento, potencia. El deseo puede hacer que quieras ascender a una montaña, pero no te lleva a la cumbre. No en el mundo real.

—¿Y qué te lleva a la cumbre?

—La energía. El combustible. Lo que has acumulado de antemano.

—Energía. ¿Te gustaría conocer mi doctrina sobre la energía? Es esta: a medida que envejecemos, cada porción de nuestro cuerpo se deteriora o sufre los efectos de la entropía, incluso las mismas células. Aunque estén todavía sanas, las células viejas tienen un tono otoñal. También las células del cerebro: tienen un tinte otoñal.

Así como la primavera es la estación que mira hacia adelante, el otoño mira hacia atrás. Los deseos que concibe el cerebro otoñal son deseos otoñales, nostálgicos, estratificados en la memoria. Ya no los anima el calor del verano; aun cuando sean intensos, su intensidad es compleja, polivalente, se vuelven hacia el pasado más que hacia el futuro.

He ahí el eje de lo que pienso, mi aporte a la ciencia del cerebro. ¿Qué te parece?

—Más que a la ciencia —dice su diplomático hijo—, diría que es un aporte a la filosofía, a la rama especulativa de la filosofía. ¿Por qué no decir simplemente que tu humor es otoñal y dejar las cosas ahí?

—Porque si solo se tratara de humor, cambiaría, como suele suceder con el humor. Saldría el sol y mi humor se tornaría más soleado. Pero hay estados del alma más profundos que el humor. La *nostalgie de la boue*, por ejemplo, no es un humor pasajero sino un estado. Pregunto: ¿en la *nostalgie de la boue*, la *nostalgie* es algo del espíritu o del cerebro? Y respondo: del cerebro.

De ese cerebro cuyo origen no está en el reino eterno de las formas sino en la suciedad, en el barro, en el lodo primigenio al cual quiere retornar a medida que se va agotando. Un anhelo material que emana de las células mismas. Un impulso de muerte más profundo que el pensamiento.

Suena bien. Suena exactamente como lo que es, cháchara, pero no como algo descabellado. Con todo, no es eso lo que ella está pensando mientras parlotea. Lo que piensa es otra cosa: *¿Quién habla así con sus hijos, con hijos a quienes probable* mente no vea nunca más? *También piensa:* Este es precisamente el tipo de pensamiento que tendría una mujer en el otoño de la vida. Todo lo que veo, todo lo que digo lleva el matiz de esa mirada hacia atrás. ¿Qué me queda? Soy la que llora.

—¿Te estás dedicando a esos temas ahora, a la ciencia del cerebro? — dice Helen—. ¿Sobre eso estás escribiendo?

Pregunta rara, indiscreta. Helen jamás le dice nada acerca de su propio trabajo. No es que sea precisamente un tema tabú, pero sin duda está fuera de los límites convenidos.

—No. Te aliviará saber que todavía me dedico a la narrativa. Todavía no he descendido a andar pregonando mis opiniones. *Opiniones de la dama Elizabeth Costello.*

—¿Entonces, otra novela?

—No una novela. Cuentos. ¿Quieren escuchar uno?

—Sí. Hace mucho que no nos cuentas un cuento.

—Bien. Un cuento para mis hijos antes de ir a dormir. Había una vez — pero en nuestra época, no en épocas remotas—, había una vez un hombre que viajó a una ciudad que no conocía, la ciudad X, porque tenía una entrevista por un puesto de trabajo. Una vez a solas en el cuarto del hotel se sentía inquieto, se sentía con afán de aventuras, sentía vaya a saber qué, de modo que tomó el teléfono y llamó a una *call girl*. Llegó una muchacha que pasó algún tiempo con él. Con ella se sintió libre, más libre que con su esposa, y le pidió ciertas cosas.

Al día siguiente, le fue bien en la entrevista. Le ofrecieron el puesto y él aceptó. A su debido tiempo, se mudó a la ciudad X con toda la familia. Cuando llegó a la nueva oficina, vio de inmediato a la misma chica que había estado en su cuarto; trabajaba allí como secretaria. La reconoció y ella lo reconoció a él.

—¿Y entonces?

—No os puedo decir nada más.

—Pero nos prometiste una historia. Lo que nos dijiste no es una historia; son los prolegómenos de una historia, nada más. Si no continúas, habrás roto tu palabra.

—No tiene por qué ser una secretaria. El hombre acepta el trabajo y pasado un tiempo lo invitan a casa de un colega, a él y a su mujer. La hija del colega les abre la puerta y es, precisamente, la chica que fue al cuarto del hotel aquella noche.

—¿Y? ¿Qué pasa entonces?

—Depende. Quizá no pasa nada más. Quizá sea ese tipo de relato que llega a un punto y no se sabe cómo prosigue.

—Tonterías. Depende ¿de qué?

El que habla entonces es John:

—Depende de lo que sucedió entre ellos en el hotel. Depende de las cosas que él le pidió. En tu relato, ¿cuentas explícitamente qué le pidió?

—Sí.

Los tres se quedan callados. Lo que haga después el hombre de la ciudad X o la muchacha que ejerce la prostitución como actividad complementaria carece ya de importancia. La historia real se desenvuelve en ese balcón donde dos hijos de edad madura se hallan frente a una madre cuya capacidad de alterarlos y consternarlos no se ha agotado todavía. *Soy la que llora.*

—¿Nos dirás qué le pidió el hombre esa noche? —pregunta Helen sin dar tregua, puesto que no hay nada más que preguntar.

Es tarde, pero no demasiado tarde. Ya no son niños, ninguno de los tres. Para bien o para mal, están todos en ese mismo bote averiado que se llama vida, a la deriva, sin ilusiones salvadoras en un mar de indiferente oscuridad (¿qué metáforas se le ocurren esta noche!). ¿Aprenderán a compartir la vida en ese bote sin devorarse mutuamente?

—Cosas que un hombre puede pedir a una mujer y que a mí me parecerían ofensivas. Aunque tal vez a vosotros, que sois de otra generación, no. Quizás el mundo haya continuado viento en popa y yo me haya quedado en la orilla, deplorando... Y quizá sea ese el meollo del relato: que cuando se ve cara a cara con la muchacha, el hombre, un hombre ya mayor, siente

vergüenza, pero para la muchacha que fue al hotel lo que ocurrió solo es parte de su oficio, parte de la vida, parte de las cosas como son.

Los dos hijos que ya no son niños intercambian una mirada. *¿Y eso es todo?*, parecen decir. *Bastante poco para un relato.*

—La chica es muy hermosa —dice ella—. Una verdadera flor. Eso sí os puedo decir. Y el hombre de la historia, Mr. Jones, nunca se había visto en una situación similar, en situación de humillar la belleza, de rebajarla. No era su propósito cuando llamó por teléfono. En ese momento, cuando llamó, no habría adivinado que ese afán bullía en él. El impulso apareció cuando la chica llegó y él vio que era, como ya les dije, una flor. El hecho de que en toda su vida le hubiera faltado la auténtica belleza y de que probablemente le habría de faltar también de ahí en adelante le pareció un insulto. Podría haber gritado para sus adentros: *¡no hay justicia en el universo!*, y de ahí en más procedió con resentimiento. No muy buena persona, este Mr. Jones.

—Me parecía, mamá, que tenías dudas acerca de la belleza —dice Helen—, dudas acerca de su importancia. Una atracción barata, solías decir.

—¿De veras?

—Algo parecido.

John se inclina y pone una mano sobre el brazo de su hermana.

—El hombre ese, Mr. Jones, todavía cree en la belleza. Todavía está bajo su hechizo. Por eso la odia y lucha contra ella.

—¿Eso es lo que quieres decir, mamá? —pregunta Helen.

—No sé lo que quiero decir. Todavía no escribí esa historia. Habitualmente, me resisto a hablar antes de que las historias salgan totalmente de la botella. Ahora sé por qué —aunque la noche es cálida, se estremece un poco—: hay demasiada interferencia.

—Que salgan de la botella —dice Helen.

—No hagas caso de lo que digo.

—No es interferencia. Podría serlo si se tratara de otra gente, pero nosotros estamos de tu parte. No puedo creer que no lo sepas.

¿De mi parte? Qué estupidez. Los hijos están en contra de los padres, no de su parte. Pero esta es una noche especial de una semana especial. Muy probablemente no vuelvan a estar juntos los tres, no en esta vida. Tal vez deberían superarse. Tal vez las palabras de la hija vengan del corazón, del

corazón auténtico, no del falso. *Estamos de tu parte*. Y su propio impulso de abrazar esas palabras... tal vez nazca también del corazón auténtico.

—Dime entonces cómo continuó la historia.

—Haz que la abrace —dice Helen—. Que la abrace frente a la familia de ella. Por raro que parezca. Hazle decir “Perdóname por lo que te hice pasar”. Haz que se ponga de rodillas ante ella. Que le diga: “En ti rindo culto de nuevo a la belleza del mundo”. O algo por el estilo.

—Se parece demasiado al crepúsculo celta— murmura ella—. Demasiado dostoievskiano. No sé si está en mi repertorio.

Último día de John en Niza. Al día siguiente, temprano por la mañana, partirá hacia Dubrovnik para asistir a ese congreso en el cual debatirán, según parece, el tiempo anterior al tiempo, el tiempo posterior al fin del tiempo.

—Hace mucho yo no era más que un chico a quien le gustaba mirar por un telescopio —dice él—. Ahora me tengo que reinventar como filósofo. Incluso como teólogo. Un gran cambio en la vida.

—¿Qué es lo que esperas ver cuando observes por el telescopio el tiempo anterior al tiempo?

—No sé. Tal vez a Dios, que no tiene dimensiones. Escondido.

—Bueno, yo también querría verlo, pero parece que no puedo. Salúdalo de mi parte. Dile que voy a andar por allí cualquier día de estos.

—¡Mamá!

—Lo lamento. Como sabes seguramente, Helen me ha propuesto comprar un departamento aquí. Es una idea interesante, pero no creo que lo haga. Me dijo que tú también tienes una propuesta que hacerme. Tantas propuestas causan una especie de embriaguez. Como si a una le hicieran de nuevo la corte. ¿Qué me propones tú?

—Que vengas a vivir con nosotros a Baltimore. La casa es grande, hay mucho lugar; estamos instalando otro baño. A los chicos les encantará. Será bueno para ellos tener cerca a la abuela.

—Les encantará mientras tengan nueve años y seis. No les gustará tanto cuando tengan quince y doce, y traigan amigos a casa y se encuentren con la abuela arrastrando las pantuflas por la cocina, mascullando a solas, haciendo ruido con la dentadura postiza y despidiendo, tal vez, un olor no demasiado

agradable. Gracias, John, pero no.

—No tienes por qué decidirlo ahora. No retiro la oferta. Siempre la mantendré.

—John, no estoy en situación de hacer discursos, viniendo como vengo de una Australia que se babea por cumplir con lo que se le antoja a Estados Unidos. Sin embargo, ten en cuenta que me invitas a dejar el país en que nací para vivir en el vientre mismo del Gran Satán, y que puedo abrigar reservas al respecto.

Ese hijo suyo se detiene y ella se detiene a su lado en medio del paseo. Al parecer, él está pesando las palabras, concentrando en ellas esa masa gelatinosa que hay en su cráneo, que le fue legada como don hace cuarenta años, al nacer. Esas células que no están fatigadas, todavía no, que son suficientemente vigorosas para habérselas con ideas grandes y pequeñas; el tiempo anterior al tiempo, el tiempo posterior al tiempo y qué hacer con una madre que envejece.

—Ven lo mismo pese a tus reservas. De acuerdo, no es la mejor de las épocas, pero ven lo mismo. Con ánimo de paradoja. Además, si estás dispuesta a aceptar una pequeña y amable palabra de reconvención, no te fíes de los grandes pronunciamientos. Estados Unidos no es el Gran Satán. Esos tipos que están en la Casa Blanca no son más que un soplo en la historia. Llegará el momento en que tendrán que irse y todo será como antes.

—¿Entonces, puedo deplorar las cosas, pero no denunciarlas?

—Me refiero a ese aire de superioridad moral, mamá. A ese tono y ese espíritu de superioridad moral. Sé que después de una vida entera dedicada a sopesar cada palabra antes de escribirla, puede ser tentador aflojarse y dejarse llevar por el torrente, pero queda un resabio amargo en la boca. Debes darte cuenta.

—Espíritu de superioridad moral. De modo que suena así. Lo voy a tener presente. En cuanto a las paradojas, según mi experiencia, la primera lección de las paradojas es no confiar en las paradojas. Si te fías de ellas, las paradojas te defraudan.

Lo toma del brazo y reanudan en silencio el paseo, pero no todo está bien entre ellos. La madre puede sentir la rigidez del cuerpo de su hijo, su irritación. Solía enfurruñarse de chico. Y los recuerdos la inundan; las horas que llevaba disipar aquel malhumor infantil. Un chico huraño, hijo de padres

huraños. ¡Cómo pudo pensar en vivir con él y con la hermética, reprochona mujer que tiene!

Al menos, se dice, no me tratan como a una tonta, mis hijos. Al menos me hacen ese honor.

—Basta de discusiones —dice (¿trata de convencerlo?, ¿es una súplica?) —. No nos amarguemos hablando de política. Estamos a orillas del Mediterráneo, cuna de Europa, en una templada noche de verano. Permíteme decirte una sola cosa: que si tú y Norma y los chicos ya no pueden soportar más a Estados Unidos, si no pueden tolerar esa vergüenza, la casa de Melbourne es también de ustedes, como siempre lo ha sido.

Pueden venir de visita, pueden venir como refugiados, pueden venir para *réunir la famille*, como dice Helen. ¿Qué te parece si vamos a buscarla, caminamos hasta ese pequeño restaurante de la avenida Gambetta que a ella le gusta tanto y disfrutamos juntos de una linda cena?

2003-2007

La anciana y los gatos

Los diálogos que aparecen en bastardilla en este cuento estaban en español en el original.

Le resulta difícil aceptar que, para tener una conversación común aunque necesaria con la madre, tenga que hacer todo ese viaje hasta el lugar donde vive, una oscura aldea de la meseta castellana donde él siente frío todo el tiempo, donde le dan como cena un plato de alubias y espinaca y donde, además, debe hablar con cortesía de todos los gatos semisalvajes que ella tiene y que se desparraman en todas direcciones cada vez que entra en la habitación. ¿Por qué razón, ya en el crepúsculo de su vida, no puede la madre instalarse cómodamente en algún lugar civilizado? Llegar hasta allí fue complicado, volver será también complicado e incluso convivir allí con ella es más complicado de lo necesario. ¿Por qué todo lo que tiene que ver con su madre se vuelve complicado?

Hay gatos por todas partes, tantos que parecería que se dividen y multiplican ante los ojos de uno, como las amebas. Además, abajo, en la cocina, está ese hombre misterioso que se queda sentado en silencio, con la cabeza gacha sobre un cuenco de alubias. ¿Qué hace ese desconocido en casa de la madre?

A él, al hijo, no le gustan las alubias; le producen gases. Le parece una

afectación atenerse a la dieta del campesinado español del siglo XIX simplemente porque uno reside en España.

Los gatos, que no han recibido todavía su alimento y que seguramente no tolerarían las alubias, se apiñan a los pies de la madre; se contorsionan y acicalan mientras tratan de atraer su atención. Si estuviera en su casa, él los echaría a patadas. Pero no es su casa, él es solo un invitado y debe ser cortés, incluso con los gatos.

—Ese chiquito es un descarado —comenta señalando a uno—, ese de ahí, el de la mancha blanca en la cara.

—En rigor —dice la madre—, los gatos no tienen cara.

Los gatos no tienen cara. ¿Habrá hecho el ridículo una vez más?

—Me refiero al que tiene una mancha blanca alrededor del ojo —rectifica.

—Los pájaros no tienen cara —sigue la madre—. Los peces no tienen cara, ¿por qué habrían de tenerla los gatos? Las únicas criaturas que tienen cara son los seres humanos. La cara es lo que demuestra que somos humanos.

Desde luego. Ahora entiende. Ha cometido un error léxico. Los seres humanos tienen pies, los animales tienen patas; los seres humanos tienen nariz, los animales, hocico. Ahora bien, si solo los seres humanos tenemos cara y frente, ¿con qué enfrentan el mundo los animales? ¿Con sus *rasgos*?

¿Será suficiente una expresión como esa para satisfacer la pasión por la exactitud que tiene su madre?

—Los gatos tienen cierto porte, pero no cara —dice la madre—. Un porte corporal. Ni siquiera nosotros, ni tú ni yo, nacimos con cara. Para que haya cara, es necesario que alguien consiga encenderla, inflamarla, como se inflaman las llamas a partir de las brasas. Recuerdo que me inclinaba sobre ti, días tras día, y soplaba, hasta que al fin ese ser que yo llamaba *hijo mío* comenzó a emerger. Era como convocar un alma.

Se queda callada.

El gatito de la mancha blanca se ha enzarzado en una pelea por una hebra de lana con otro más viejo.

—Con o sin cara —dice él—, me gusta el desenfado que tiene. Los gatitos prometen mucho. Lástima que muy pocas veces esas promesas se cumplan.

La madre frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir con que “las promesas se cumplan”, John?

—Quiero decir que parecen prometer que se transformarán en individuos, en gatos individuales, cada uno con su temperamento y una actitud individual ante el mundo. Sin embargo, al final, se convierten en meros gatos, intercambiables, gatos genéricos, representantes de la especie. Los siglos que llevan de relación con nosotros no parecen haberlos ayudado. No hay un proceso de individuación. No se desarrolla en ellos un carácter. A lo sumo, muestran una tipología: el haragán, el petulante, etcétera.

—Así como no tienen cara, los animales no tienen carácter. Te decepcionas porque esperas demasiado.

Aunque la madre contradice todas sus opiniones, él no tiene la sensación de que sea hostil. Sigue siendo su madre, es decir, la mujer que lo dio a luz y después veló por él con afecto pero distraídamente, que lo protegió hasta que él pudo hallar un camino propio en el mundo, y luego se olvidó más o menos de él.

—Sin embargo, si los gatos no son individuos, si no son capaces de ser individuos, si no son más que una materialización tras otra del Gato platónico, ¿por qué tener tantos? ¿Por qué no uno solo?

La madre pasa por alto la pregunta y dice:

—Un gato tiene alma, pero no tiene carácter. Si es que puedes apreciar la diferencia.

—Será mejor que te expliques. Con sencillez, en atención a este intruso corto de entendederas.

La madre le dedica una sonrisa realmente tierna.

—Hablando con propiedad, los animales no tienen cara porque carecen de la delicada musculatura que rodea los ojos y la boca de los seres humanos, esa bendición que permite que el alma se manifieste. De modo que el alma de ellos queda invisible.

—Alma invisible —dice él como reflexionando—. ¿Invisible para quién? ¿Para nosotros? ¿Para ellos? ¿Para Dios?

—Con respecto a Dios, no lo sé. Si Dios todo lo ve, todas las cosas tienen que ser visibles para él. Sin duda, invisible para ti y para mí. Y en rigor, invisible también para los otros gatos: inaccesible a la visión. Los gatos tienen otros medios para comprenderse.

¿Para esto ha viajado tantos kilómetros? ¿Para oír tonterías místicas acerca de los gatos? ¿Y el hombre de la cocina? ¿Cuándo le va a explicar su madre de quién se trata? (Esa casita no fue ideada para mantener la privacidad; él puede oír que el hombre resopla como un cerdo cuando come).

—Comprenderse —dice él—. ¿Qué significa realmente? ¿Olisquearse las partes pudendas o algo más elevado? —De pronto, se vuelve más audaz—: ¿Quién es ese hombre de abajo? ¿Trabaja para ti?

—Se llama Pablo —dice la madre—. Lo cuido. Lo protejo. Nació en esta aldea y vivió aquí toda su vida. Es tímido, se cohíbe con los extraños; por eso no te lo presenté. Pasó por una época difícil hace un tiempo cuando le dio por hacer exhibicionismo, como suelen decir. Lo hacía con frecuencia y sin provocación. No delante de mí —después de cierta edad, los hombres ya no se exhiben delante de una—, pero sí delante de mujeres jóvenes, y también de niños.

Los organismos de servicios sociales querían llevárselo y encerrarlo en uno de esos lugares que llaman seguros. La familia, es decir, la madre y una hermana soltera, no se oponían: ya les había acarreado bastantes problemas. Entonces intervine yo. Prometí a la gente de Servicios Sociales que lo cuidaría si le permitían quedarse conmigo. Prometí vigilarlo, asegurarme de que no se comportara mal. Y eso es lo que hice y sigo haciendo. Ese es el hombre que está en la cocina.

—Y por esa razón no puedes viajar. Porque tienes que quedarte aquí y montar guardia sobre el exhibicionista de la aldea.

—Protejo a Pablo y protejo a los gatos. Ellos también tienen una relación conflictiva con la aldea. Hace muchas generaciones eran gatos domésticos comunes. Luego, los habitantes de aldeas como esta empezaron a trasladarse a la ciudad, vendieron el ganado y abandonaron a los gatos: que se las arreglaran solos. Por supuesto, los gatos se asilvestraron. Retornaron a la naturaleza. ¿Qué otra opción tenían? Pero los gastos silvestres no le gustan a la gente que se quedó en las aldeas. Les disparan cuando pueden o les ponen trampas y después los ahogan.

—Abandonados por quienes los domesticaron, los gatos recuperaron su alma salvaje —sugiere él. Es un comentario burlón, pero la madre no ve la broma.

—El alma no tiene cualidades, no es salvaje ni doméstica ni nada. Si

tuviera cualidades no sería alma.

—Sin embargo, dijiste que era invisible —replica él—. ¿Acaso la invisibilidad no es una cualidad?

—No hay objetos invisibles a la percepción —contesta ella—. La invisibilidad no es una cualidad del objeto. Es una capacidad o incapacidad del observador. Decimos que el alma es invisible si no podemos verla. Y eso dice algo sobre nosotros; no dice nada sobre el alma.

Él sacude la cabeza.

—Mamá, ¿adónde te lleva quedarte sentada en esta aldea dejada de la mano de Dios, en las montañas de un país extranjero, quebrándote la cabeza acerca de sujetos y objetos mientras unos gatos semisalvajes llenos de pulgas y Dios sabrá qué otras alimañas se esconden bajo los muebles? ¿Es esa la vida que quieres realmente?

—Me estoy preparando para el próximo movimiento. El último. —Lo mira a los ojos; está serena y parece hablar totalmente en serio—. Me estoy acostumbrando a vivir en compañía de seres cuyo modo de ser es diferente del mío, más diferente de lo que el intelecto humano podrá comprender jamás. ¿Tiene algún sentido para ti esto que digo?

¿Lo tiene? Sí. Y no. Él hizo ese viaje para hablar de la muerte, de la proximidad de la muerte, de la muerte de su madre y de cómo prepararse para ella, pero no para hablar de su vida después de la muerte.

—No —contesta—, no tiene ningún sentido para mí. Realmente, ninguno. —Moja un dedo en la sopa de alubias y extiende la mano; el gatito de la mancha blanca deja de jugar, huele el dedo con precaución y lo lame. Él lo mira directamente a los ojos y por un instante el gatito lo mira a él. ¿Qué es lo que ve, más allá de esos ojos, más allá de la negra rendija de la pupila, más allá...? ¿Hay un destello momentáneo, una luz que provenga del alma invisible que se oculta ahí? No está seguro. Si hubo realmente un destello, lo más probable es que fuera su propio reflejo en la pupila.

Con agilidad, el gatito baja del sofá y se aleja con la cola erguida.

—¿Y? —dice la madre. Sonríe levemente, tal vez con sorna. Él mueve la cabeza y se limpia el dedo en la servilleta.

—No —le dice—. No veo nada.

Duerme en el cuartito que da a la calle. Hace tanto frío allí que apenas

reúne coraje para desvestirse. Y se duerme hecho un ovillo bajo la ropa de cama. A mitad de la noche, se despierta congelado. Extiende el brazo para tocar la pequeña estufa que ha dejado encendida junto a la cama. Está fría. Mueve el interruptor del velador, pero no hay luz.

Sale de la cama y lidia a tientas con el cierre de la maleta, se pone calcetines, pantalones y una campera. Se envuelve la cabeza con una bufanda. Vuelve a la cama tiritando y consigue dormir de a tramos hasta el amanecer.

La madre lo encuentra en la salita, acurrucado frente a las brasas del fuego de la noche anterior.

—Se cortó la electricidad —dice él con aire acusador. La madre asiente.

—¿Dejaste encendida la estufa en tu cuarto durante la noche? —pregunta.

—La dejé encendida porque tenía frío. No estoy acostumbrado a esta manera de vivir primitiva, mamá. Vengo de la civilización, y en la civilización no comulgamos con la idea de que la vida tiene que ser un valle de sufrimientos.

—Sea un valle de sufrimientos o no, ocurre que en esta casa, si enciendes una estufa entre la una y las cuatro de la mañana —período en que se calienta el agua para bañarse—, se corta la electricidad. —La madre hace una pausa y lo contempla con calma—. No seas infantil, John. Me decepcionas. No nos quedan muchos días para estar juntos. Trata de mostrar lo mejor de ti, no lo peor.

Si su mujer le dijera algo por el estilo, habría una trifulca; una trifulca y una atmósfera agria que podría durar varios días. Sin embargo, él parece dispuesto a aceptar regaños de la madre hasta cierto punto. Dentro de ciertos límites, la madre puede criticarlo y él se limitará a bajar la cabeza aunque la crítica sea injusta (¿cómo podía saber él que el sistema de agua caliente funcionaba de noche?). ¿Por qué, en presencia de la madre tiene la misma actitud de los nueve años, como si los decenios que han transcurrido no fueran más que un sueño? Ahí sentado ante el fuego mortecino, levanta la cabeza y la mira. *Lee en mí*, le dice, aunque no pronuncia ninguna *palabra*. *Eres tú la que sostiene que el alma se expresa en el rostro; por consiguiente, debes descifrar mi alma y decirme qué es lo que tengo que saber*.

—Pobrecito —dice la madre y le revuelve el pelo con la mano—. Habrá que endurecerte. Si todos fueran como tú, no habríamos sobrevivido a la era glacial.

—¿A cuántos gatos alimentas? —le pregunta.

—Depende de la época del año. En este momento, unos diez permanentes más algunos visitantes ocasionales. En verano son menos.

—Seguramente, mientras tú los alimentas, ellos se multiplican.

—Sí, se multiplican. Es algo natural en todos los organismos sanos.

—Se multiplican geométricamente —dice él.

—Sí, aunque por otro lado la naturaleza se cobra sus muertos.

—Sea como fuere, es evidente por qué los aldeanos están inquietos. Una extranjera se instala en la aldea y empieza a alimentar a los gatos silvestres. Al poco tiempo, hay una verdadera plaga de gatos. ¿No será que estás alterando un estado de equilibrio anterior? ¿Y qué hay de los caballos que acaban en el matadero para que puedas alimentar a estos gatos tuyos? ¿Les has dedicado algún pensamiento?

—¿Qué quieres que haga, John? ¿Quieres que deje morir de hambre a los gatos? ¿Quieres que les dé de comer a unos pocos selectos? ¿Que les dé de comer queso de soja en lugar de carne? ¿Qué quieres decirme?

—Podrías empezar por castrarlos. Si los hicieras capturar y castrar a todos sin excepción, a tu costa, es probable que tus vecinos de la aldea te lo agradecieran en lugar de maldecirte entre dientes. La última generación de gatos, los castrados, podrían vivir complacidos, y ahí terminaría todo.

—Una situación en la que todos ganan, de hecho. —La voz de la madre suena ácida.

—Si quieres decirlo así.

—Una situación en la que todos ganan, que me muestras como ejemplo de cómo se puede abordar el problema de los gatos silvestres con racionalidad y responsabilidad, y también con sensibilidad humana.

El hijo no dice nada.

—No quiero ser un ejemplo, John. —En la voz de su madre, él advierte los primeros matices de este tono insistente, filoso, que, para sus adentros, él piensa obsesivo—. Que otros sean un ejemplo. Voy adonde me lleva mi alma. Siempre lo he hecho. Y si no entiendes eso de mi persona, no entiendes nada.

—Por lo general, dejo de entender cuando alguien usa la palabra *alma* —

dice él—. Pido disculpas al respecto. Es consecuencia de la educación excesivamente racional que tuve.

No comparte la obsesión de la madre con los animales. Si él tuviera que elegir entre los intereses de los seres humanos y los de los animales, no vacilaría en optar por los seres humanos, por su propia especie. Benévola pero distante: así describiría él su actitud hacia los animales. Distante porque, considerando todos los aspectos de la cuestión, hay aún una enorme distancia entre los seres humanos y los demás seres.

Si él pudiera resolver a su manera el problema de esa aldea y la plaga de gatos, si no estuviera involucrada su madre —si ella hubiera muerto, por ejemplo—, diría *Matadlos a todos. Exterminad a esas bestias*, eso diría. Gatos salvajes, perros salvajes: el mundo no necesita ninguno más. Pero como está involucrada la madre, no dice nada.

—¿Quieres que te cuente toda la historia de los gatos, de los gatos y de mí? —dice ella.

—Cuéntame.

—Cuando llegué a San Juan, una de las primeras cosas que observé fue que los gatos de este lugar huían apenas percibían en el aire un rastro de presencia humana. Sus buenas razones tenían: los seres humanos habían demostrado ser enemigos implacables. Me pareció una vergüenza. No quería ser enemiga de nadie, pero ¿qué podía hacer? Y no hice nada.

Después, un día en que había salido a caminar, vi un gato en una alcantarilla. Era una hembra y estaba dando a luz. Como no podía huir, me echó una mirada feroz y gruñó. Era una pobre criatura medio muerta de hambre que paría sus crías en un lugar húmedo y sucio, pero estaba dispuesta a dar la vida para defenderlas. Tuve el impulso de decirle *yo también soy madre*. Aunque, desde luego, no me habría entendido. No habría querido entenderme.

Entonces tomé una decisión. Fue como un relámpago. No fue producto de ningún cálculo, no sopesé los pros y los contras. Decidí que en esta cuestión de los gatos, daría la espalda a mi propia tribu —la tribu de los cazadores— y me pondría del lado de los cazados. Cualquiera fuera el costo.

Ella quiere seguir hablando, pero él la interrumpe: no puede desperdiciar la oportunidad.

—Fue un día favorable para los gatos de la aldea, pero desfavorable para

sus víctimas —dice él—. Los gatos también son cazadores. Acechan a sus presas —pájaros, ratones, conejos— y, lo que es peor aún, las comen vivas. ¿Cómo resolviste ese problema moral?

Ella pasa por alto la pregunta.

—No me interesan los problemas, John. Ni los problemas ni la solución de los problemas. Detesto esa manera de pensar que ve la vida como una sucesión de problemas que el intelecto debe resolver. Un gato no es un problema. La gata del albañal me interpeló y yo respondí a esa apelación. Respondí sin cuestionar nada, sin remitirme a ningún cálculo moral.

—Viste cara a cara a la madre que paría y no pudiste rechazar esa súplica. Ella lo mira desconcertada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ayer me dijiste que los gatos no tienen cara. Y recuerdo que, cuando era chico, me sermoneabas acerca de la consideración hacia el otro, acerca de esa apelación que no podemos rechazar cuando vemos al otro cara a cara, a menos que neguemos nuestra propia condición humana. Una apelación que es anterior a la ética, más primitiva, eso decías.

Y también decías que el problema radicaba en que las mismas personas que hablaban de cómo el otro las interpelaba, no querían hablar de que los animales las interpelaban. No aceptaban que, en los ojos de la bestia que sufre, podemos ver una apelación que tampoco se puede rechazar sino a un costo muy alto.

Y ahora me pregunto ¿qué es exactamente eso que, en tu opinión, negamos cuando rechazamos la interpelación de la bestia que sufre? ¿Negamos nuestra común animalidad? ¿Qué categoría ética tiene esa curiosa abstracción, la *animalidad*? ¿Y cuál es exactamente esa la apelación que nos llega desde los ojos de los animales, ojos que —según me has dicho— carecen de la fina musculatura necesaria para expresar el alma? Si los ojos de los animales no son más que un instrumento óptico inexpresivo, lo que tú crees ver en ellos puede ser simplemente lo que deseas ver. Los animales no tienen ojos propiamente dichos, no tienen labios propiamente dichos, no tienen cara propiamente dicha, admito todo eso alegremente. Ahora bien, si no tienen cara, ¿cómo hacemos nosotros, seres con cara, para reconocernos en ellos?

—Nunca dije que la gata del albañal tuviera cara, John. Dije que vio en

mí a un enemigo y me gruñó. Un enemigo ancestral. Una especie enemiga. Lo que me sucedió en ese momento nada tenía que ver con un intercambio de miradas: tenía que ver con la maternidad. No quiero vivir en un mundo en el que un hombre calzado con botas te mate a patadas aprovechando el hecho de que estás en trabajo de parto, eres vulnerable y estás indefensa, imposibilitada de escapar. Tampoco quiero vivir en un mundo donde me arranquen los hijos o se los arranquen a cualquier otra madre para ahogarlos porque alguien ha decidido que son demasiados.

Nunca habrá demasiados niños, John. Y te voy a hacer una confesión: me gustaría haber tenido más hijos. No es algo personal con ustedes, pero cometí un error lamentable cuando decidí quedarme con ustedes dos solamente, contigo y con Helen. Dos hijos, cifra simpática, racional, que, según se supone, prueba que los padres no son egoístas, que no pretenden del futuro más de lo que es justo. Ahora que es demasiado tarde, me gustaría haber tenido muchos hijos. Me encantaría ver niños corriendo por la calle (¿te has dado cuenta qué muerta parece una aldea como esta, sin niños?), muchísimos niños y gatitos y perritos y muchísimas otras criaturas pequeñas.

En las fronteras del ser —así me lo imagino— están todas esas almas diminutas, almas de gatos, de ratones, de pájaros, de niños que no han nacido, todas apiñadas, rogando que las dejen entrar, rogando encarnarse. Y yo quiero que todas entren, todas sin excepción, aunque solo sea por un día o dos, aunque solo sea para que echen una ojeada a este hermoso mundo. ¿Quién soy yo para negarles la oportunidad de encarnarse?

—Es una linda imagen —dice él.

—Sí, *es linda*. Pero ¿qué más ibas a decir?

—Que es una linda imagen, pero ¿quién va a darles de comer?

—Dios los alimentará.

—Dios no existe, mamá. Y tú lo sabes.

—Cierto, Dios no existe. No obstante, al menos en el mundo que espero y por el cual rezo, cada alma tendrá una oportunidad.

No habrá más seres que no han nacido aguardando a la puerta, gimiendo para que los dejen entrar. Cada alma tendrá su ocasión de saborear la vida, que sin duda es lo más delicioso que existe. Y al cabo del tiempo, podremos alzar la cabeza, nosotros, señores de la vida y de la muerte, señores del universo. Ya no tendremos que montar guardia a la puerta y decir *Lo*

lamento, pero no podéis entrar, sois indeseados, sois demasiados. En cambio, podremos decir: Entrad, os queremos aquí, os queremos a todos.

El hijo no está acostumbrado a ese tono exaltado de la madre, de modo que se queda esperando para darle la oportunidad de volver a la Tierra, de moderarse. Pero no, la exaltación continúa: hay una sonrisa en sus labios, un resplandor vivo en su rostro, una mirada lejana que no parece incluirlo.

—Te aseguro que me habría gustado tener más hermanos —le dice por fin—. Hablo por mí. Pero la cuestión que me incomoda, sin embargo, es esta: si hubieras tenido que criar a diez hijos en lugar de a dos, ¿en qué situación estaríamos Helen y yo hoy en día? ¿Cómo habrías costado la formación que nos preparó para los trabajos bien remunerados y la vida confortable que tenemos ahora? De niño, ¿no habría tenido que ir a buscar trozos de carbón en las vías del ferrocarril o a escarbar la tierra para conseguir algunas papas? Y Helen, ¿no habría tenido que ir a fregar pisos? ¿Y qué habría sido de ti? Con esa cantidad de hijos que reclamaban tu atención, ¿habrías tenido tiempo para los pensamientos elevados, para escribir libros y hacerte famosa? No, mamá: si me dieran a elegir entre nacer en el seno de una familia pequeña y próspera o de una familia numerosa y pobre, elegiría siempre la familia pequeña.

—Qué manera peculiar de mirar el mundo, la tuya —comenta la madre—. Viste a Pablo anoche. Tenía muchos hermanos, pero se fueron a la ciudad y lo dejaron aquí. Y cuando pasó por momentos difíciles, no fueron los hermanos ni las hermanas los que acudieron en su ayuda sino la extranjera, la anciana de los gatos. Los hermanos no se aman necesariamente, hijo mío, no soy tan ingenua para creer eso.

Dices que si tuvieras que elegir entre ser profesor universitario y peón de granja, elegirías ser profesor. Ocurre que la vida no es una sucesión de opciones. Ahí sigues equivocándote. Pablo no empezó la suya como un alma desencarnada que tenía que elegir entre ser rey de España o el idiota del pueblo. Llegó a este mundo y apenas abrió los ojos y miró a su alrededor, pues se hallaba en San Juan Obispo y era el último orejón del tarro. La vida como un conjunto de problemas que hay que resolver; la vida como un conjunto de opciones que uno debe tomar: ¡qué manera singular de ver las cosas!

Es inútil discutir con ella cuando adopta ese tono, pero a él le queda aún

un último golpe:

—De todos modos —le dice—, optaste por intervenir en la vida de la aldea. Optaste por proteger a Pablo frente al sistema de asistencia social. Optaste por el papel de salvadora de los gatos. Podrías haber optado por cosas muy distintas. Podrías haberte quedado en tu estudio mirando por la ventana y escribiendo textos humorísticos sobre la vida rural en España para que los publicaran luego en alguna revista.

La madre lo interrumpe, impaciente:

—Sé lo que es optar; no tienes que explicármelo. Sé cómo se siente una cuando decide actuar y sé aún mejor cómo se siente una cuando decide no actuar. Pude optar por escribir esos textos humorísticos tontos. Pude optar por no intervenir en el caso de los gatos. Sé exactamente cómo se siente una durante ese proceso de deliberación y decisión; conozco su sabor, su leve peso. La otra manera de vivir no es cuestión de opciones. Es un asentimiento. Un ceder. Es un Sí que no tiene un No. Puede ser que entiendas lo que quiero decir o no, pero no pienso dar más explicaciones. —Se pone de pie—. Buenas noches.

En esa segunda noche que pasa en San Juan, el hijo se va a la cama con un gorro de lana, un suéter, pantalones y medias, y así logra dormir mejor. Cuando entra en la cocina para desayunar, se siente casi cordial; además tiene hambre.

En la cocina hay una luz y un calor muy agradables. Se oye el vivaz crepitar que sale del viejo horno de hierro fundido. Al lado, sentado en una mecedora, con las piernas cubiertas por una manta, está Pablo; lleva anteojos y parece leer el diario.

—*Buenos días —dice él.*

—*Buenos días, señor —contesta Pablo.*

No hay señales de la madre. Él se sorprende, porque ella solía levantarse temprano. Se hace café y se sirve cereales y leche.

Ahora que mira con más atención, ve que Pablo no está leyendo en realidad; está revisando un montón de recortes de diarios. La mayoría van a parar, prolijamente doblados, a una caja de madera aglomerada que está abierta en el piso. Pablo conserva unos cuantos recortes en la falda.

Teniendo en cuenta lo que la madre le ha contado, supone que los

recortes son fotos de mujeres con poca ropa. Sin embargo, como si intuyera su desaprobación, Pablo levanta uno para que pueda verlo y le dice:

—*El papa*.

Es una fotografía de Juan Pablo II, vestido de blanco sobre su trono e inclinado hacia adelante con dos dedos en alto para dar la bendición.

—*Muy bien* —le contesta él, asintiendo y sonriendo.

Pablo le muestra otra imagen. De nuevo Juan Pablo. De nuevo la sonrisa. ¿Sabrá Pablo que el papa polaco ha muerto, que ahora hay un papa alemán? ¿Cuánto tardan en llegar las noticias a esa aldea?

Pablo no le sonrío, pero abre la boca y deja ver los dientes. Son pequeños, tan diminutos y tantos, que le recuerdan los dientes de un pez. Parecen recubiertos por una película blanca, demasiado gruesa y gomosa para que sea saliva. Ese debe de ser el aspecto de los dientes si uno nunca se los cepilla a lo largo de años. Piensa eso y enseguida siente tanto asco que no puede seguir comiendo. Se cubre la boca con la servilleta y se pone de pie.

—*Scusi* —dice, y se va de la habitación.

Scusi: se ha equivocado, es italiano. ¿Cómo se piden disculpas en español, cómo se dice que uno lo lamenta, pero no puede mirar al interlocutor a la cara?

—¿Se lava? —le pregunta a la madre—. Veo que no se lava los dientes. No entiendo cómo puedes soportarlo cerca.

La madre se ríe, divertida:

—Imagínate lo que sería tener relaciones sexuales con él. Lo cierto es que a los hombres en general no les importa el olor que tienen. Las mujeres somos distintas.

Están sentados en el pequeño jardín de atrás, empapándose de sol, un sol bastante pálido.

—Si entiendo las cosas bien, este hombre heredará tu finca de España. ¿Es sensata esa decisión? ¿Estás segura de que no expulsará a los gatos apenas no estés tú?

—¿Cómo estar segura de lo que hará Pablo? ¿Cómo estar segura de lo que hará nadie? Supongo que podría crear un fideicomiso, del cual Pablo recibiría un estipendio mensual, y que podría contratar a alguien para que hiciera visitas sorpresa a fin de verificar si él cumple su deber. Pero se

parecería demasiado al castillo de Kafka, ¿no te parece? No: los gatos tendrán que correr el riesgo de depender de Pablo. Si él resulta una mala persona, tendrán que volver a cazar para sobrevivir. Primero los fabulosos años de abundancia, bajo el reinado de la “buena reina Elizabeth”, luego los tiempos sombríos, bajo el dominio del “malvado rey Pablo”: con espíritu filosófico, como suelen hacer la mayoría de los animales, te encoges de hombros y te dices que así es el mundo y que hay que seguir viviendo.

—De todos modos, mamá, hablemos con seriedad por un instante. Si quieres que la aldea sea más próspera cuando te vayas que cuando viniste, ¿no sería el fideicomiso una buena opción? No un fideicomiso para que Pablo mantenga su conducta sino un fideicomiso que se encargara de los animales sin techo. Tu posición te permite hacerlo.

—“Que se encargara de...”. Hay que tener cuidado, John. En ciertos ambientes “encargarse de” un animal significa *sacrificarlo, darle una muerte piadosa*.

—Que se encargara de ellos, sin eufemismos, eso es lo que quise decir. Que les dieran refugio y los alimentaran y los cuidaran cuando están enfermos o envejecen.

—Lo voy a pensar. Aunque debo decirte que prefiero algo más simple. Como darle mi bendición a Pablo y recordarle que alimente a los gatos. Porque, aunque no te guste, este plan también es para él. Para demostrarle que alguien le tiene confianza, a él, a quien nadie se la tuvo antes. Tal vez le escriba también unas líneas al papa pidiéndole que vigile a su siervo Pablo. Quizá sea lo mejor. Pablo tiene devoción por el papa, como habrás notado.

Es sábado y, para él, hora de partir, de viajar hasta Madrid y tomar allí el vuelo de regreso a Estados Unidos.

—Adiós, mamá. Me alegro de haber tenido esta oportunidad de verte en tu escondrijo de la montaña.

—Adiós, hijo. Trasmíteles mi cariño a los chicos y a Norma. Espero que este largo viaje haya valido la pena, pero ¡shh! — levanta el índice sin apoyarlo en los labios de él (no es ese su estilo)—, no tienes que decírmelo; es tu deber, ya lo sé. No hay nada malo en cumplir con el deber. El mundo no sigue andando gracias al amor sino gracias al deber. El amor es agradable, un plus agradable. Pero no se puede contar con él, desgraciadamente. No

siempre surge.

Ahora despídete también de Pablo. Le complace sentirse incluido. Dile *Vaya con Dios*. Es la manera antigua de expresarlo.

Él va a la cocina. Pablo está en el mismo lugar de siempre, sentado en la mecedora junto al horno. Le tiende la mano:

—*Adiós, Pablo —le dice—. Vaya con Dios.*

Pablo se pone de pie, lo abraza, le da un beso en cada mejilla. Él puede oír la saliva que Pablo sorbetea cuando abre la boca, puede oler su dulce aliento fétido.

—*Vaya con Dios, señor —dice Pablo.*

2008-2013

Mentiras

Querida Norma:

Te escribo desde San Juan, en el único hotel que existe aquí. Esta tarde fui a visitar a mamá: en auto es un viaje de media hora por un camino tortuoso. Su estado es tan malo como suponía, incluso peor. No puede caminar sin bastón y, aun así, lo hace muy lentamente. Desde que volvió del hospital no pudo subir al piso alto. Duerme en el sofá de la sala. Trató de que le bajaran la cama, pero le dijeron que la habían construido ahí arriba y que si intentaban moverla la destrozarían. (¿Penélope no tenía una cama similar, la Penélope de Homero?).

Todos sus libros y papeles están en el piso superior: abajo no hay lugar para ellos. Mamá se irrita y dice que quiere trabajar en su escritorio, pero no puede.

Hay un hombre que se llama Pablo que ayuda en la huerta. Pregunté quién hace las compras. Ella dice que vive a pan y queso, más lo que se cosecha en la huerta, y que no necesita nada más. De todos modos, le dije, ¿no podría conseguir que alguna mujer de la aldea viniera para limpiar y cocinar? No quiso escucharme: dice que no tiene contacto con la gente de la aldea. ¿Y Pablo?, le dije. ¿No es él parte de la aldea? Pablo es responsabilidad mía, contestó, no forma parte de la aldea.

Por lo que pude ver, Pablo duerme en la cocina. Vive medio en Babia como se dice eufemísticamente; quiero decir que es idiota, bobo.

No he planteado aún la cuestión principal; quería hacerlo, pero no tuve coraje suficiente. Se lo diré mañana. No tengo demasiadas esperanzas. Mamá

se muestra distante conmigo. Con perspicacia, creo, sospecha por qué vine.

Que duermas bien. Cariños para los chicos.

John

—Mamá, ¿podemos hablar de las disposiciones que has tomado? ¿Podemos hablar del futuro?

Sentada en su viejo y severo sillón, construido sin duda por el mismo carpintero que construyó la cama que no se puede trasladar, la madre no dice ni una palabra siquiera.

—Te darás cuenta de que Helen y yo estamos preocupados por ti. Tuviste una caída grave y con el tiempo tendrás otras. Ya no vas para joven y esto de vivir sola en una casa con escaleras empinadas en una aldea donde no te llevas bien con los vecinos... francamente no parece ya algo viable.

—No vivo sola —responde la madre—. Pablo vive conmigo. Cuento con él.

—Está bien, Pablo vive contigo, pero ¿puedes contar con él en caso de una emergencia? ¿Te sirvió de ayuda la última vez? Si no hubieras podido telefonar al hospital, ¿dónde estarías ahora?

En el mismo momento de pronunciar esas palabras, se da cuenta de que ha cometido un error.

—¿Que dónde estaría? —replica la madre—. Da la impresión de que sabes la respuesta, entonces, ¿por qué me lo preguntas? Supongo que estaría bajo tierra, devorada por los gusanos. ¿Eso es lo que esperabas oír?

—Por favor, mamá, tienes que ser razonable. Helen ha estado averiguando y ha ubicado dos lugares que no están muy lejos de su casa donde te cuidarían bien y donde ella cree que te sentirías a gusto. ¿Me dejas contarte?

—Dos lugares. Cuando dices *lugares*, ¿quieres decir *instituciones*! ¿Instituciones en las que me sentiría a gusto?

—Mamá, puedes llamarlas como se te antoje, puedes burlarte de Helen y de mí, pero no puedes modificar los hechos, los hechos de la vida. Ya tuviste un accidente grave y todavía estás sufriendo las consecuencias. Tu estado general no va a mejorar. Por el contrario, lo más probable es que empeore. ¿Te imaginas lo que sería quedar postrada en esta aldea dejada de la mano de

Dios contando solo con Pablo para atenderte? ¿Has pensado en lo que sería para Helen y para mí saber que necesitas que te cuiden y no poder hacerlo? No podemos venir volando miles de kilómetros todos los fines de semana, ¿no es cierto?

—No espero que lo hagáis.

—Tú no lo esperas, pero es lo que tendremos que hacer, es lo que uno hace cuando ama a alguien. Hazme entonces el favor de escucharme con calma mientras te explico las alternativas. Mañana, o pasado mañana o el día después, dejaremos este lugar y nos iremos a Niza, a casa de Helen. Antes de partir, te ayudaré a empacar todo lo que es importante para ti, todo lo que quieras conservar. Lo pondremos en cajas y lo dejaremos listo para que lo envíen apenas te instales.

Una vez en Niza, te llevaremos a ver los dos hogares que te mencioné; uno en Antibes y el otro en las afueras de Grasse. Podrás recorrerlos y ver qué te parecen. No te vamos a presionar, de ninguna manera. Si no te gusta ninguno de los dos, puedes quedarte en casa de Helen mientras buscamos otro; hay mucho tiempo.

Lo único que queremos es que estés conforme, conforme y protegida; ese es el fin. Queremos estar seguros de que, si hay algún percance, tendrás alguien cerca que te cuide.

Sé de sobra que no te gustan esas instituciones. Tampoco a mí; ni a Helen. Pero llega un momento de la vida en el que tenemos que transigir y hallar un punto intermedio entre lo que queremos y lo que es conveniente, entre la independencia y la protección. Aquí en España, en esta aldea, en esta casa, careces totalmente de seguridad. Sé que no estás de acuerdo, pero esa es la cruda realidad. Podrías enfermarte y nadie se enteraría. Podrías tener otra caída y quedar inconsciente con los miembros fracturados. Podrías morirte.

La madre hace un gesto con la mano, como si descartara esa posibilidad.

—Los lugares que te proponemos no son instituciones al estilo antiguo. Están bien instaladas, bien dirigidas, tienen supervisores. Son caras porque no reparan en gastos para cubrir a sus clientes. Uno paga y consigue así una atención de primera. Si los gastos generaran alguna dificultad, Helen y yo haremos nuestro aporte. Tendrás un departamentito para ti; en Grasse también puedes tener un pequeño jardín propio. Puedes comer en el restaurante o hacer que te lleven la comida al departamento. En los dos

lugares hay gimnasio y piscina; tienen servicio médico permanente, y también fisioterapeutas. No serán precisamente un paraíso, pero son lo más próximo al paraíso que puede pretender una persona en tu situación.

—Mi situación —dice la madre—. ¿Cuál es exactamente mi situación, para ti?

Él levanta las manos exasperado.

—¿Quieres que te lo diga? ¿Realmente quieres que lo diga?

—Sí, aunque solo sea para cambiar, como un ejercicio, dime la verdad.

—La verdad es que eres una anciana que necesita que la cuiden. Y un hombre como Pablo no puede hacerlo. —La madre niega con la cabeza.

—No esa verdad. Quiero la otra verdad; la verdad sin rodeos.

—¿La verdad sin rodeos?

—Sí, la verdad sin rodeos.

Querida Norma:

“La verdad sin rodeos”, eso me pedía, o tal vez me imploraba.

Sabe perfectamente cuál es, tanto como yo, de modo que no tendría por qué resultarme difícil pronunciar las palabras concretas, pero me sentía irritado por tener que hacerlo: irritado por haber tenido que viajar tanto para cumplir una obligación que nadie nos agradecerá, ni a ti, ni a Helen ni a mí, al menos no en este mundo.

Pero no pude. No pude decirle en la cara lo que no tengo dificultad alguna en escribirte aquí ahora: *La verdad sin rodeos es que te estás muriendo. Que ya tienes un pie en la tumba. La verdad es que eres impotente y que mañana lo serás más aún, y que así seguirás día tras día, hasta que llegue un día en que no haya ayuda que te sirva. La verdad sin rodeos es que no estás en situación de negociar. Que no puedes decir “No” y detener la marcha del reloj. No puedes decirle “No” a la muerte. Cuando la muerte te dice “Ven”, tienes que agachar la cabeza y seguirla. Por lo tanto, acepta. Aprende a decir “Sí”. Cuando te digo que abandones la casa que ha sido tuya en España, que dejes los objetos que te son familiares, que vengas y aceptes vivir —sí— en una institución en la cual una enfermera de Guadalupe te despertará por la mañana con un vaso de jugo de naranjas y un saludo*

alegre (beau jour, Madame Costello!), cuando te digo todo esto, no frunzas el ceño, no te empaques. Dime que sí. Que estás de acuerdo. Dime: “Estoy en vuestras manos”. Y aprovecha lo que puedas.

Querida, llegará el día en que a nosotros también tendrán que decirnos la verdad, la verdad sin rodeos. ¿Hacemos un pacto? Prometámonos mutuamente que no nos mentiremos, que por difíciles que sean las palabras concretas, las pronunciaremos. *La situación no va a mejorar; va a empeorar, y seguirá empeorando hasta que ya no pueda empeorar más, hasta que llegue lo peor de todo.*

Tu marido que te quiere,

John

2011

El matadero de cristal

UNO

LO despierta el teléfono a la madrugada. Es su madre. Ahora ya está acostumbrado a esas llamadas a altas horas de la noche: ella tiene horarios extravagantes y piensa que el resto del mundo también.

—John, ¿cuánto te parece que puede costar la construcción de un matadero? No uno grande, solo un modelo, como demostración.

—¿Demostración de qué?

—De lo que sucede en un matadero. De la matanza. Se me ocurrió que la gente tolera la matanza de animales porque no ve nada de lo que pasa. No ve, ni oye, ni huele. Se me ocurrió que si hubiera un matadero en funcionamiento en medio de la ciudad, donde todos pudieran ver y oler y oír lo que pasa adentro, la actitud de la gente podría cambiar. Un matadero de cristal. Con paredes de cristal. ¿Qué te parece?

—¿Estás pensando en un matadero real, en el que se sacrifican animales reales, que mueren realmente?

—Sí. Todo real. Como demostración.

—No creo que exista la menor probabilidad de que te den permiso para construirlo. Ni remotamente. Aparte de que a la gente no le gusta que le recuerden cómo llega el alimento a su mesa, está el tema de la sangre. Cuando degüellan un animal, la sangre sale a borbotones. Es pegajosa y sucia. Atrae las moscas. Ningún funcionario municipal permitirá que corran ríos de sangre en la ciudad.

—No van a ser ríos. Será una muestra, nada más. Un puñado de animales muertos por día. Algún buey, un cerdo, media docena de pollos. Incluso se podría hacer un arreglo con un restaurante de los alrededores: asado de reses

recién carneadas. —No pienses más en el asunto, mamá. No vas a llegar a nada. Tres días después, él recibe una encomienda. Contiene un montón de papeles: páginas arrancadas de periódicos, fotocopias, un diario manuscrito por la madre con un rótulo que dice “Diario 1990-1995”, algunos documentos abrochados. Encima de todo una nota breve: “Cuando tengas tiempo, échale una mirada y dime si te parece que se puede hacer algo con todo esto”.

Uno de los escritos tiene título, “El matadero de cristal”, y comienza con esta cita:

En el Medioevo y a principios de los tiempos modernos, las autoridades de las ciudades trataron de impedir la matanza de animales en lugares públicos. Consideraban que los mataderos eran un estorbo agravante, y muy a menudo intentaron trasladarlos fuera de los muros de la ciudad. Keith Thomas.

Las palabras *estorbo agravante* están subrayadas en tinta.

El hijo echa una ojeada al texto. Contiene una descripción más elaborada del matadero que la madre mencionó por teléfono y un plano de las instalaciones. Hay unas fotografías de edificios que parecen hangares, presumiblemente de un matadero existente. Más atrás, a media distancia, se ve un camión como los que se utilizan para transportar ganado en pie, vacío y sin conductor.

Llama a la madre. Son las cuatro de la tarde, de modo que en casa de ella serán las nueve de la noche, una hora prudente para los dos.

—Llegaron los papeles que me enviaste —le dice—. ¿Se puede saber qué tengo que hacer con ellos?

—Tuve un ataque de pánico y te los envié. De golpe, se me ocurrió que si me moría al día siguiente, vendría a limpiar alguna mujer ignorante que podía barrer con todo lo que hay sobre el escritorio y quemarlo. Así que empaqueté los papeles y te los mandé. No les prestes atención. El ataque de pánico se me pasó. Son normales cuando uno va envejeciendo.

—Entonces, ¿no hay ningún problema, mamá? ¿Nada que yo tenga que saber? ¿Nada más que un terror pasajero?

—Nada más.

DOS

ESA misma noche, se pone a ojear el diario manuscrito. Hay varias páginas de prosa al comienzo, que tienen este encabezamiento: “Yibuti 1990”. Se sienta a leer.

Estoy en Yibuti, África nororiental. Recorro el mercado y observo a un hombre joven, muy alto, como la mayoría de la gente de esta parte del mundo. Tiene el torso desnudo y lleva en los brazos un hermoso cabrito. El animal, totalmente blanco, está acomodado allí plácidamente y mira a su alrededor disfrutando del paseo.

Más allá de los puestos del mercado, hay una zona en que la tierra y las piedras tienen un color rojo oscuro, casi negro; están embebidas en sangre. No crece nada en ese lugar; ni un yuyo, ni una brizna de hierba. Ahí matan a los cabritos, las ovejas y las aves de corral. Ahí lleva el hombre a su cabrito.

No sigo sus pasos. Sé lo que sucede en ese lugar: ya lo he visto y no quiero verlo de nuevo. El joven del cabrito le hará un gesto a uno de los hombres del matadero, que agarrará el cabrito y lo sujetará al suelo manteniendo unidas con fuerza las cuatro patas. Entonces, el joven extraerá un cuchillo de la vaina que cuelga contra su muslo y, sin preámbulos, cortará de un tajo la garganta del cabrito; después se quedará mirando los estertores y la sangre que brota a borbotones.

Cuando el animal por fin quede inmóvil, le cortará la cabeza, abrirá en canal el abdomen y extraerá las vísceras para depositarlas en el recipiente de lata que sostiene el hombre del matadero. Después, pasará un alambre por los corvejones, suspenderá el cuerpo de una barra y le quitará el pellejo. Por último, lo partirá a lo largo en dos mitades que llevará al mercado propiamente dicho, junto con la cabeza de ojos abiertos y vidriosos. Si tiene

suerte, obtendrá por esos restos novecientos francos de Yibuti o cinco dólares estadounidenses.

Una vez en casa del comprador, el cuerpo será trozado y asado sobre las brasas, pero la cabeza se hervirá en un caldero. Lo que no sea comestible se arrojará a los perros, especialmente los huesos. Y ese será el fin. Del cabrito tal como era en la flor de la vida no quedará ningún rastro. Como si jamás hubiera existido. Nadie lo recordará, salvo yo, una extranjera que lo vio por casualidad, a quien él vio por casualidad, cuando iba camino a la muerte.

Esa extranjera, que no lo ha olvidado, se dirige ahora a la sombra del cabrito y le hace dos preguntas. La primera: ¿Qué pensabas mientras ibas esa mañana al mercado en brazos de tu dueño? ¿Realmente no sabías adonde te llevaba? ¿No alcanzabas a oler la sangre? ¿Por qué no luchaste por escapar? La segunda pregunta es esta: ¿Qué crees que se cruzaba por la cabeza de ese joven que te llevaba al mercado, a ti, a quien conocía desde el día en que naciste, que eras parte del rebaño que llevaba a pastar todas las mañanas y traía de regreso todas las tardes? ¿Susurró alguna palabra de disculpa por lo que se proponía hacer?

¿Y por qué te hago estas preguntas? Porque intento comprender lo que piensan ustedes —tú y tus hermanos y hermanas— del trato que hicieron tus antepasados con la humanidad hace muchas generaciones. Según ese pacto, los seres humanos se comprometieron a protegernos contra vuestros enemigos naturales, el león y el chacal. Por su parte, tus antepasados se comprometieron a retribuir esa protección, llegado el momento, cediendo a esos protectores su cuerpo para que lo devoraran; más aún: se comprometieron a que sus descendientes hasta la centésima y la milésima generación hicieran lo mismo.

Opino que es un mal trato, muy desfavorable para tu tribu. Si yo fuera cabra, preferiría arriesgarme a los leones y los chacales. Pero no soy cabra y no sé cómo funciona la mente de una cabra. Tal vez las cabras piensen *Puede ser que no corra la misma suerte que mis padres y mis abuelos*. Quizá el temperamento de las cabras las lleve a vivir con esperanza. O tal vez la mente de una cabra no piensa. Debemos tomar en cuenta esa posibilidad seriamente, como lo hacen algunos filósofos... humanos. Ellos dicen que, hablando con rigor, la cabra no piensa. Cualesquiera sean las actividades mentales de la cabra, si tuviéramos acceso a ellas nos resultarían irreconocibles, ajenas,

incomprensibles. La esperanza, las expectativas, las premoniciones son formas de pensamiento que la cabra no conoce. Si la cabra patalea y lucha en el momento final, cuando aparece el cuchillo, no es porque comprenda súbitamente que su vida está por terminar. No: se trata de una actitud meramente reactiva, repulsión por el insoportable olor a sangre y por el extraño que atenaza sus patas y la sujeta contra el suelo.

Desde luego, si uno no es filósofo, es difícil creer que una cabra, una criatura que se nos parece en tantos aspectos, puede transcurrir toda su vida, desde el principio hasta el fin, sin pensar. Y una consecuencia de ello es que, cuando se trata de mataderos, nosotros, los habitantes del ilustrado Occidente, nos esforzamos por que la ignorancia de la cabra o la oveja o el cerdo o el buey se mantenga tanto como sea posible, tratamos de que el animal no se asuste hasta el final, hasta que apoya las patas en el área destinada al sacrificio, ve a ese hombre extraño cubierto de sangre que enarbola el cuchillo y entonces la alarma se hace inevitable. Nuestro ideal sería que el animal estuviera aturdido —con la mente inutilizada— de modo que ni siquiera tuviera un atisbo de lo que está sucediendo. Para que no se diera cuenta de que le ha llegado la hora de pagar, de cumplir su parte del pacto inmemorial. Para que en sus últimos momentos en la Tierra no se sienta inundado de dudas, de confusión y de terror. Para que muera, como solemos decir, “sin sufrir”.

En nuestros rebaños, se acostumbra castrar a los machos. La castración sin anestesia es mucho más dolorosa que el degüello, y el dolor dura mucho más tiempo. Sin embargo, nadie hace tantos aspavientos al respecto. ¿Qué es, entonces, lo que hallamos de inaceptable en el dolor de la muerte? Más específicamente: si estamos dispuestos a infligirle la muerte al otro, ¿por qué queremos evitarle el dolor? ¿Qué nos resulta inaceptable en el hecho de infligir el dolor de la muerte, además de la muerte misma?

Existe en inglés una palabra, *squeamish*, que forma un par de opuestos con la expresión *soft-hearted*. Si a una persona le incomoda ver que alguien pisotea un escarabajo, podemos decir que es *soft-hearted* [impresionable] o que es *squeamish* [sensiblera] según que admiremos su empatía con el escarabajo o pensemos que es una estupidez. Cuando los trabajadores de los mataderos hablan de la defensa de los derechos de los animales, de gente preocupada por evitar que los últimos momentos del animal sean puro dolor y

terror, no dicen que esa gente sea impresionable sino que es sensiblera. Por lo general la desprecian. *La muerte es la muerte; y punto, dicen.*

¿Te gustaría sentirte inundado de dolor y terror en tus últimos momentos sobre la Tierra?, pregunta la gente preocupada por los derechos de los animales. No somos animales, replican los trabajadores del matadero. Somos seres humanos. No es lo mismo para nosotros que para ellos.

TRES

EL hijo deja el diario a un lado y revisa el resto de los papeles; muchos parecen reseñas de libros o ensayos sobre diversos autores. El más breve tiene este título: “Heidegger”. Él nunca leyó a Heidegger, pero ha oído decir que es difícil, casi impenetrable. ¿Qué tendrá que decir su madre sobre Heidegger?

Con respecto a los animales, Heidegger sostiene que su experiencia del mundo es limitada, que carece de algo: la palabra que usa en alemán es *arm*, pobre. Su experiencia del mundo no solo es pobre en comparación con la nuestra: es pobre en sentido absoluto. Aunque hace esa aseveración sobre los animales en general, hay razones para creer que cuando la formuló tenía en mente criaturas tales como las garrapatas o las pulgas.

Parece que con esa palabra, *pobre*, quiere decir que la experiencia del mundo que tiene el animal debe ser limitada en comparación con la nuestra porque el animal no puede actuar en forma autónoma, solo puede responder a estímulos. Los sentidos de la garrapata pueden estar despiertos, pero solo para ciertos estímulos, por ejemplo un rastro de olor en el aire o una vibración del suelo que denuncian la proximidad de una criatura de sangre caliente. Con respecto al resto del mundo, la garrapata bien podría ser sorda y ciega. Por eso mismo, en el lenguaje de Heidegger, la garrapata es *weltarm*, pobre de mundo.

¿Qué puedo decir de mí? Puedo deslizarme en el interior de un perro y pensar como él, o eso creo, pero ¿puedo acaso meterme en

una garrapata y pensar como ella? ¿Puedo compartir con ella la intensidad de su estado de alerta cuando sus sentidos se esfuerzan por oler u oír si se aproxima el objeto de su deseo? ¿Quiero seguir a Heidegger y comparar la estremecedora, excluyente, intensidad de la garrapata con mi conciencia humana dispersa, que revolotea continuamente de un objeto a otro? ¿Cuál es mejor? ¿Cuál preferiría? ¿Cuál preferiría el propio Heidegger? Heidegger tuvo un famoso affaire no demasiado bien visto con Hannah Arendt cuando ella era alumna suya. En las cartas que le envió, en las que se han conservado, no dice ni una palabra sobre sus relaciones íntimas. No obstante, pregunto: ¿qué buscaba Heidegger a través de Hannah, a través de cualquier otra de sus amantes, si no era ese instante en que la conciencia se concentra con estremecedora, excluyente, intensidad antes de extinguirse?

Trato de ser justa con Heidegger. Trato de aprender de él. Trato de comprender las difíciles palabras alemanas que usa, sus difíciles pensamientos alemanes.

Heidegger dice que para el animal (la garrapata, por ejemplo), el mundo consiste, por un lado, en ciertos estímulos (olores, sonidos) y, por otro lado, en todo lo que no es un estímulo y que, por tanto, bien podría no existir. Por esa razón, podemos pensar que el animal (la garrapata) está esclavizado, no porque sea esclavo de los olores y los sonidos mismos sino porque es esclavo de su apetito de sangre, elemento de cuya proximidad los olores y sonidos son señales.

Evidentemente, los animales superiores no son totalmente esclavos de sus apetitos pues demuestran una curiosidad por el mundo que los rodea que va más allá de ellos. Pero quiero evitar palabras como superior o inferior. Quiero entender a este hombre, Heidegger, hacia quien arrojé la red de mi curiosidad, como una araña.

Puesto que el animal es esclavo de sus apetitos —dice Heidegger—, si hablamos con propiedad no puede actuar en el mundo y sobre el mundo: solo puede *comportarse* y, además, solo puede comportarse dentro del mundo definido por la amplitud, el alcance, de sus sentidos. El animal no puede aprehender al otro como tal, en sí mismo: el otro no puede jamás revelarse al animal como lo que es.

¿Por qué razón, cada vez que lanzo mi mente (como una araña) tratando de captar a Heidegger, lo veo en Württemberg, en una tarde lluviosa de jueves, acostado en la cama junto a su alumna de sangre cálida, desnudos los dos bajo uno de esos enormes edredones alemanes? El coito ha terminado; están tendidos uno junto al otro; ella escucha mientras él habla y habla sin cesar acerca del animal, para el cual el mundo es, o bien un estímulo, una vibración del suelo o un ligero tufo a sudor, o bien nada, el vacío, la inexistencia. Él habla y ella escucha tratando de entenderlo, llena de buena voluntad hacia su maestro-amante.

Solo a nosotros, dice él, se nos revela el mundo como es. Ella se vuelve hacia él y lo toca, y de golpe, él se hincha de sangre otra vez; nunca tiene lo suficiente, su apetito de ella parece insaciable.

Eso es todo. Así terminan abruptamente las tres páginas de su madre sobre Heidegger. El hijo revuelve los papeles pero no hay una cuarta página.

Siguiendo un impulso, la llama por teléfono.

—Estuve leyendo lo que escribiste sobre Heidegger. Me pareció interesante, pero ¿qué es? ¿Un relato? ¿Algún trabajo que abandonaste? ¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Creo que se puede decir que es un trabajo abandonado —contesta ella—. Empezó como algo serio y después cambió.

Es el problema que tengo con la mayor parte de lo que escribo ahora. Todo comienza siendo una cosa y termina siendo otra.

—Mamá: no soy escritor, como recordarás, ni un especialista en Heidegger. Si me mandaste el texto sobre Heidegger con la esperanza de que te indicara qué hacer con él, lamento decir que no puedo ayudarte.

—Está bien, pero ¿no te parece que hay ahí el germen de algo? Ese hombre que piensa que la garrapata tiene una experiencia paupérrima del mundo, menos que paupérrima, ese hombre para quien la garrapata no tiene noción del mundo más allá de su incesante olisquear mientras espera que se aproxime una fuente de sangre; ese hombre, sin embargo, está hambriento de esos momentos de éxtasis en que su noción del mundo se reduce a nada y él se pierde en transportes sensuales en los que no interviene la mente... ¿No ves la ironía?

—Sí, mamá, la veo, pero ¿no es algo muy trillado? Voy a ser claro. A diferencia de los insectos, los seres humanos tenemos una naturaleza dividida. Tenemos apetitos animales, pero también razón. Nos gustaría vivir una vida racional —a Heidegger le habría gustado llevar una vida racional, a Hannah Arendt también—, pero a veces no podemos porque los apetitos nos dominan. Nos dominan y nosotros cedemos, nos rendimos. Después, una vez satisfechos los apetitos, volvemos a la vida de la razón. ¿Qué más se puede decir al respecto?

—Depende, hijo, depende. ¿Podemos hablar como dos personas adultas, tú y yo? ¿Podemos hablar como si los dos supiéramos qué queremos decir cuando hablamos de la vida de los sentidos?

—Adelante.

—Piensa entonces en ese momento, el momento en que estás solo con quien amas de veras, deseas de veras. El momento de la consumación. ¿En dónde está lo que llamas razón en ese instante? ¿Está totalmente obliterada, de modo que en ese momento no somos diferentes de la garrapata ahíta de sangre? ¿O es que, detrás de todo, la chispa de la razón todavía titila, inextinguible, aguarda su hora, espera para inflamarse de nuevo, espera el instante en que te separarás del cuerpo de tu amada y reanudarás tu propia vida? Si fuera así, ¿qué hacía esa chispa de razón mientras el cuerpo retozaba? ¿Esperaba con impaciencia ese instante para reivindicarse o, por el contrario, se dejaba invadir por la melancolía, anhelando expirar, morir, sin saber cómo hacerlo? Porque —hablando de un adulto a otro— ¿no es eso lo que estorba la consumación: ese tenue y persistente parpadear de la razón o de la racionalidad? Queremos disolvernó en nuestra naturaleza animal, pero no podemos.

—¿Y entonces?

—Entonces, pienso en este hombre, Martin Heidegger, que quiere estar orgulloso de ser hombre, *ein Mensch*, que nos dice que el hombre es formador de mundo, *weltbildend*, que podemos pareceros a él y ser formadores de mundo nosotros también. Pero, de hecho, él no está plenamente seguro, seguro del todo, de que quiere ser *ein Mensch*; hay momentos en que se pregunta si, vistas las cosas con más perspectiva, no sería mejor ser un perro o una pulga y dejarse arrastrar por el torrente de ser.

—El torrente de ser. No te sigo. ¿Qué es eso?

—El torrente. La crecida. Heidegger vislumbra cómo sería esa experiencia, la experiencia de abandonarse al torrente de ser, pero se resiste. Y la llama en cambio una experiencia de ser empobrecida. La considera empobrecida porque no es variada. ¡Parece un chiste! Se sienta frente al escritorio y escribe y escribe. *Das Tier benimmt sich in einer Umgebung, aber nie in einer Welt*: el animal actúa (o se comporta) dentro de un entorno, pero jamás en un mundo. Deja de escribir. Alguien golpea la puerta. Es lo que él ha estado esperando con todos los sentidos en alerta mientras escribía. ¡Hannah! Llamada. Arroja la estilográfica. ¡Ha llegado! ¡Lo que él desea ya está allí!

—¿Y?

—Eso es todo. No he podido seguir adelante. Todo lo que te envié es más o menos así. No puedo avanzar. Hay algo que me está faltando. Antes podía hacer que las cosas avanzaran, pero parece que ya no puedo, que no tengo esa capacidad. Los engranajes se traban, las luces se van apagando. Parece que el mecanismo en que confiaba para avanzar ya no funciona. No te alarmes. Es la naturaleza, el modo que ella tiene de decirme que ya es hora de reconocer los hechos. Otra experiencia sobre la cual Martin Heidegger no estaba preparado para reflexionar: la experiencia de estar muerto, de no estar presente en el mundo. Toda una experiencia. Si lo tuviera aquí, le podría contar algo de eso... al menos de sus primeras manifestaciones.

CUATRO

UN día después, él vuelve a hojear el diario de la madre y se detiene en la última entrada, cuya fecha es 1° de julio de 1995.

Ayer fui a una conferencia de un tal Gary Steiner. Habló de Descartes y de su influencia permanente sobre la manera en que pensamos sobre los animales, incluso los más esclarecidos de nosotros. (Uno recuerda que Descartes dijo que los seres humanos tienen un alma racional, pero los animales no. De ahí se deduce que los animales son capaces de sentir dolor pero incapaces de sufrir. Según Descartes, el dolor es una sensación física desagradable que suscita una respuesta automática, un grito o un aullido, mientras que el sufrimiento es otra cuestión, se desenvuelve en un plano superior, el plano de lo humano).

Me parecía interesante la conferencia, pero después el profesor Steiner empezó a dar detalles sobre los experimentos anatómicos de Descartes y, de pronto, sentí que no podía soportarlo más. Describió un experimento que Descartes llevó a cabo con un conejo vivo; supongo que amarrado o clavado sobre una tabla para que no pudiera moverse. Descartes abrió el tórax del conejo con un escalpelo, cortó las costillas y las extrajo una por una para dejar a la vista el corazón que palpitaba. Luego, hizo una pequeña incisión en el corazón mismo, de modo que durante uno o dos segundos, antes de que cesara de latir, pudo observar el mecanismo de las válvulas que bombean la sangre.

Escuché al profesor Steiner un rato, pero luego dejé de escucharlo. Me distraje. Sentía con urgencia la necesidad de ponerme de rodillas,

pero las butacas de la sala de conferencias estaban muy próximas entre sí y no había espacio para arrodillarse. “Permiso, disculpen”, les dije a mis vecinos y me abrí camino hacia afuera. Una vez en el foyer, que estaba vacío, pude por fin ponerme de rodillas y pedir perdón, por mí misma, por Steiner, por René Descartes y por toda la banda de asesinos que somos. Me resonaba en los oídos un canto, una antigua profecía:

Un perro hambriento a la Puerta del Amo
predice la ruina de la Hacienda.
Un Caballo maltratado en el Camino
clama al Cielo pidiendo sangre Humana.
Cada grito de la Liebre cazada
rasga una fibra del Cerebro [...]
Quien haga daño al reyezuelo
jamás tendrá el afecto de los Hombres[...]
No mates Mariposas ni Polillas
pues el juicio Final ya se aproxima.[1]

¡El Juicio Final! ¿Acaso el conejo de Descartes, martirizado hace trescientos setenta y ocho años y en manos de Dios desde entonces, acaso él, con el pecho despedazado, tendrá piedad de nosotros? ¿Merecemos alguna piedad?

Él, John, hijo de esa mujer que se hincó de rodillas en julio de 1995 y pidió perdón, y que después escribió lo que él acaba de leer, toma a su vez una estilográfica. Al pie de la página anota lo siguiente: “Información acerca de los conejos, verificada por la ciencia. Cuando las mandíbulas del zorro se cierran sobre el cuello del conejo, este queda en estado de shock. La naturaleza ha dispuesto —o, si usted lo prefiere, Dios ha dispuesto— que el zorro pueda abrir de una dentellada el vientre de un conejo y alimentarse de sus entrañas sin que el conejo sienta nada. Nada de nada. Nada de dolor, nada de sufrimiento”. Subraya las palabras *Información acerca de los conejos*.

La madre no ha pedido que le devuelva el diario. Pero el destino es inescrutable. Tal vez él muera antes, tal vez lo atropellen al cruzar la calle. En

ese caso, para variar, será ella quien tendrá que leer los pensamientos de él.

CINCO

DE todos los textos que la madre le ha enviado, el más voluminoso se refiere a un libro titulado *Why Animáis Matter* [Por qué importan los animales] de Marian Dawkins. Se trata de una reseña bibliográfica o de un borrador de reseña.

La palabra “importan” del título de este libro confunde al lector. Nada “importa” en abstracto. En abstracto, importamos todos o ninguno importa. Lo que Dawkins quiere decir es *Por qué los animales les importan a los seres humanos*. Este libro es un ejemplo de la labor de Dawkins, que escribe acerca de la mente de los animales y acerca de la mente humana, para la cual el tema de los animales es uno entre muchos y, por cierto, no es una cuestión de vida o muerte. *¿Tienen los animales una mente propiamente dicha, pregunta la autora, una mente como la nuestra? ¿Cómo contestar científicamente semejante pregunta?*

Respuesta de la misma autora: Contestaremos la pregunta científicamente formulándola en primer lugar científicamente. Plantear la pregunta de manera científica nos exige registrar el comportamiento que queremos explicar y luego analizar con racionalidad una serie de hipótesis que podrían dar cuenta de ese comportamiento.

Me pongo en la situación del animal a quien Dawkins se propone juzgar. Has decidido que quieres saber si tengo una mente o si, por el contrario, soy una mera máquina biológica, una máquina de carne y hueso. Con ese fin, me someterás a un proceso cuya forma estará

prescripta por ti. Será un proceso científico, caracterizado por la racionalidad, el escepticismo, la verificación de hipótesis, etcétera. Se supondrá que carezco de mente a menos que yo, el ser sometido a proceso, sea capaz de demostrar lo contrario (en realidad, a menos que tú, actuando en mi nombre, puedas demostrar lo contrario). Si puedes formular dos hipótesis alternativas para explicar el comportamiento que tengo durante el proceso (en realidad, explicar de qué manera observas tú mi comportamiento), elegirás la más simple de las dos hipótesis, según lo prescribe tu método científico.

Pregunto: con tantas circunstancias acumuladas en contra de mí en esta cuestión de vida o muerte, esperanza tengo de satisfacer tus criterios acerca de si tengo o no una mente?

Él deja los papeles a un lado. Es tarde y está cansado, pero un texto sobre el cual se ha garrapateado la palabra *daston* en grandes mayúsculas de color negro atrae su mirada.

No soy muy amante de los animales. Ellos no necesitan mi amor y yo no necesito el de ellos. El amor humano ya es bastante oscuro. ¿Cómo elige sus objetos? No tengo idea. ¿Por qué lo carcome la ambivalencia? Tampoco tengo idea. ¿Cuánto más impenetrables debemos de ser nosotros para los sentimientos de los animales! No, no me interesa el amor, lo único que me interesa es la justicia. De todos modos, siempre abrigué la convicción de que tengo cierto grado de acceso —¿cómo decirlo?— a la interioridad de los animales. No digo acceso a sus pensamientos ni a sus sentimientos sino al tenor, la *Stimmung*, de su estado interno, que tal vez no sea “interno” (en contraposición a “externo”), porque no estoy segura de que haya diferencia entre psiquis y soma en los animales y tampoco en nosotros. Pero siempre tuve la convicción de que podía acceder a su interior y, por tanto, actué con los animales que se me cruzaban como si realmente fuera así. Sin duda, escribí como si tuviera ese don. *Animales*: ¡palabra que es una verdadera mescolanza! ¿Qué tienen en común la langosta y el lobo, salvo el hecho de no ser humanos? ¿El lobo y la langosta se parecen más entre sí que el lobo y yo?

Como acabo de decir, creía tener acceso a la interioridad del lobo

y de la langosta y de todo el resto del zoológico. ¿Me preguntan cómo? Por la facultad de la empatía que, en mi poco científica opinión, es innata en nosotros. Nacemos con esa facultad —que calificaría de facultad del alma, no de la mente— y podemos optar por cultivarla o dejar que se marchite.

Y aquí entra Lorraine Daston, que se dedica a la historia de las ideas. Es quien más me ha hecho dudar de mi convicción. Ella traza un marco histórico y sitúa allí a gente como yo, gente que cree tener una facultad innata que le permite ver el mundo a través de los ojos del otro.

En síntesis, Daston dice lo siguiente: La creencia de que los seres humanos tenemos la capacidad de abstraernos de nosotros mismos y proyectarnos empáticamente en la mente de otros —aptitud que ella llama capacidad de *cambiar de perspectiva*— no es algo innato ni universal. Por el contrario, es una idea que surgió por primera vez en Occidente, a finales del siglo XVIII, en el campo de lo que entonces llamaban ciencias morales, en un momento histórico de la filosofía occidental en que la subjetividad parecía la esencia del espíritu. Esa idea sobre la capacidad de cambiar de perspectiva surgió en cierto momento y desaparecerá en otro.

Ante esa aseveración de Daston, respondo: Desde luego la subjetividad es la esencia del espíritu, de la experiencia mental. *Cogito ergo sum*: no tengo conciencia porque exista el pensamiento—en—abstracto sino porque pienso. Pienso y mi pensamiento es exclusivamente mío, está teñido por mi yoidad, mi subjetividad, que está situada en un estrato más profundo que el pensamiento. ¿Hay acaso algo más evidente?

Llegado este punto, Daston hace ese movimiento conceptual que me confunde. Introduce en el cuadro a los ángeles. Así como solíamos pensar que las bestias eran inferiores a nosotros en lo que a su mente se refería, también pensábamos que los dioses y los ángeles tenían una mente superior a la nuestra. Según la angelología de Tomás de Aquino, los ángeles tienen una inteligencia intuitiva capaz de captar en un instante todas las consecuencias de cualquier conjunto de premisas que se les planteen. Como si la totalidad de las matemáticas

se desplegara ante la mente angélica en una única iluminación autoevidente. Comparemos con esa mente angélica la inteligencia humana, que tiene que bregar a través de la lógica, a menudo cometiendo errores por el camino. ¿Cómo puede esa inferior mente humana tener la aspiración de habitar una inteligencia angélica, ni siquiera con la ayuda de la tan cacareada facultad empática? ¿Cómo puede asumir una perspectiva angélica?

¿Existen acaso los ángeles? Quién sabe. La argumentación de Daston no depende de su existencia concreta. Ella dice: en otra época hubo gente como Tomás de Aquino, que podía concebir mentes distintas de las nuestras sin postular una facultad empática que nos permitiera proyectarnos en la modalidad de existencia del otro.

¿Cuál es la lección que tiene Daston para mí en particular? Me enseña que, al suponer sin cuestionamientos que puedo comprender la mente animal mediante el poder empático, el sentimiento de camaradería, demuestro que soy una criatura de esta época, que nació cuando reinaba el paradigma del cambio de perspectiva y que soy demasiado ignorante para librarme de él. Una lección de modestia, si me decido a aceptarla.

SEIS

HA terminado de leer. Es la una de la mañana; allá, en casa de la madre, son las seis. Es muy probable que ella esté durmiendo. No obstante, toma el teléfono.

Ha preparado todo un discurso. “Gracias por enviarme la encomienda con tus escritos, mamá. He leído la mayor parte y creo saber lo que te gustaría que haga. Querrías que le dé alguna forma a este conjunto misceláneo de textos, que de alguna manera los ajuste y los haga encajar. Sin embargo, no tengo aptitudes para ese tipo de tarea; lo que no es novedad para ti. Dime, entonces, ¿de qué se trata en el fondo todo este asunto?”

¿Hay algo que temas decirme? Sé que es muy temprano, me disculpo pero, por favor, te pido franqueza. ¿Algo anda mal?”.

Largo silencio. Por fin, la madre habla de manera perfectamente clara, perfectamente lúcida.

—Está bien. Te cuento. No soy más yo misma, John. Algo me está pasando, le está pasando a mi mente. Me olvido de cosas. No me puedo concentrar. Fui al médico y él quiere que vaya a la ciudad para hacerme estudios. Ya tengo turno con un neurólogo. Entretanto, trato de ordenar mis cosas, por si acaso.

No puedo explicarte el caos de mi escritorio. Lo que te envié es solo una parte. Si me ocurre algo, la mujer de la limpieza va a arrojar todo a la basura. Tal vez sea el lugar que le corresponde. Pero con una vana presunción humana, sigo pensando que se puede sacar algo de valor de todo eso. ¿Contesto así tu pregunta?

—¿Qué crees que te pasa?

—No estoy segura. Como te dije, tengo olvidos. Me olvido de mí misma. De pronto, me encuentro en la calle y no sé por qué estoy ahí ni cómo llegué. A veces también me olvido de quién soy. Es una experiencia inquietante. Siento que voy perdiendo la claridad mental. Cosa que no es de extrañar. Como es material, el cerebro se deteriora y, puesto que la mente está vinculada con el cerebro, también se deteriora. Así están las cosas. No puedo trabajar, no puedo pensar, en el sentido amplio de la palabra. Si no te parece que puedas hacer nada con esos papeles, no importa, guárdalos en algún lugar seguro. Pero mientras estás en línea, quiero contarte algo que pasó anoche.

Había un programa en la televisión sobre la cría intensiva de animales. Habitualmente no miro esas cosas, pero ayer por alguna razón no apagué el aparato.

En el programa mostraban un criadero de pollos, un lugar donde fecundan huevos, los incuban e identifican el sexo de los pollitos recién nacidos.

El sistema funciona así. Al segundo día de vida, apenas los pollitos pueden sostenerse sobre las patitas, los colocan sobre una cinta transportadora que los hace pasar lentamente frente a unos empleados encargados de examinar sus órganos sexuales. Si eres un animalito de sexo femenino, te transfieren a una caja que se envía a la planta de ponedoras. Si eres de sexo masculino, te devuelven a la cinta. Al final de la cinta, te dejan caer por una tolva al fondo de la cual hay un par de ruedas dentadas que te trituran hasta transformarte en una pasta que luego se esteriliza y se emplea como alimento de ganado o como fertilizante.

Anoche, la cámara siguió a un pollito determinado en su recorrido por la cinta. Podías adivinar que el pollito se decía: *¡Así que esto es la vida! Algo confusa, pero no demasiado difícil hasta ahora.* Después, un par de manos lo levantaron, separaron el plumón que hay entre los muslos y lo volvieron a colocar en la cinta transportadora. Seguramente, el pollito pensaba: *¡Cuántas pruebas! Seguro que esta la pasé.* La cinta seguía avanzando. Y el pollito seguía ahí encima, afrontando el futuro y todo lo que había en el futuro.

No puedo quitarme la imagen de la cabeza, John. Nacen miles de millones de pollitos a quienes les concedemos la gracia de vivir un día antes de triturarlos porque no tienen el sexo que queremos, porque no encajan en nuestro proyecto comercial.

La mayor parte del tiempo, ni siquiera sé ya en qué creo. Las creencias

que tenía parecen haberse disuelto en la niebla y la confusión de mi cabeza. Sin embargo, me aferró a una última creencia: que ese pollito que se me apareció anoche en la pantalla, apareció allí por alguna razón: él y todos los otros seres insignificantes cuyo camino se cruzó con el mío cuando iban rumbo a la muerte.

Escribo para ellos. Tuvieron una vida tan breve, tan fácil de olvidar. Dejando a Dios de lado, soy el único ser del universo que los recuerda. Y cuando yo ya no esté, solo habrá vacío. Será como si no hubieran existido. Por eso escribo sobre ellos y quería que leyeras lo que he escrito. Quería transmitirte a ti la memoria de esos seres. Nada más.

2016-2017

Contraportada

Elizabeth Costello:

«No me interesa el amor, lo único que me interesa es la justicia».

Los seguidores de John M. Coetzee reconocerán a la feroz pensadora Elizabeth Costello, cuyas «ocho lecciones» nos llegaron a través del libro que lleva su nombre, de 2003. Se trata de una ficción didáctica, pero a su vez los relatos sorprenden por su capacidad de convocarnos a reflexionar sobre los desafíos que compartimos y que van más allá de lo individual.

Hay algo en este libro que recuerda a la antigua, perenne ley del budismo: compasión hacia todo ser viviente. «Siempre abrigué la convicción de que tengo cierto grado de acceso... ¿cómo decirlo?... a la interioridad de los animales —dice Costello—. [...] Por la facultad de la empatía que, en mi poco científica opinión, es innata en nosotros. Nacemos con esa facultad [...] y podemos optar por cultivarla o dejar que se marchite.»

Cada uno de estos *Siete cuentos mótales* del premio Nobel funciona como un rompecabezas, un objeto hipnotizante que parece llevarnos a otra parte pero termina por reubicarnos frente a nuestra propia realidad. Nos proponen nada menos que repensar cómo interpretamos las consecuencias de nuestras decisiones cotidianas.

Elizabeth Costello lucha por asegurar la cristalización de pensamientos que pocos se esforzarían por comunicar. Dudas acerca de la moral de nuestra

relación con el mundo, de nuestra capacidad de comprender otras formas de vida y de llevar con responsabilidad la convivencia con ellas.

Siete cuentos morales es un libro urgente; provoca e inquieta, como debe hacer la literatura. Nos despierta a nosotros mismos en nuestro hoy, y ofrece un escenario de pensamiento posible para que lo inmoral no nos seduzca y obnubile.

Anna Kazumi Stahl

Metadatos

TÍTULO original: *Moral Tales*

Primera edición: mayo de 2018

© J.M. Coetzee: 2003, «As a Woman Grows Older»;

2013, «The Old Woman and the Cats»;

2017, «Moral Tales»

©2018, El Hilo de Ariadna

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

© 2018, Elena Marengo, por la traducción

© de la fotografía de portada: Nico Hardy

© de la fotografía del interior: Bert Nienhaus

ISBN: 978-84-397-3466-6

Depósito legal: B-5.781-2018

NOTAS

[1] William Blake, “Augurios de inocencia”, en *Ver un mundo en un grano de arena* (poesía). Edición bilingüe, traducción al castellano de Jordi Doce. Madrid: Visor de Poesía, 2009.